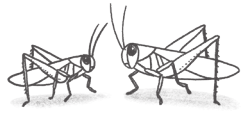


Una historia nuestra
Bienal de Escritura para Maestros y Estudiantes
de Antioquia

© de los texto
© Comfenalco Antioquia, de esta edición

2024
Comfenalco Antioquia

ISBN 978-958-8479-

Esteban Gallego Restrepo
Director

Leidy Johana Galvis Mejía
Líder Servicios Bibliotecarios

Diego Aristizábal
Editor

Paola Andrea Cardona
Corrección de estilo

Manuela Correa Upegui
Diseño e ilustración

Taller Artes y Letras S.A.S.
Impresión

Medellín, Colombia. Diciembre de 2024

Comfenalco Antioquia
Carrera 50 No. 53-43

Impreso en Colombia - *printed in Colombia*

Queda prohibido, sin la autorización escrita de los editores, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Una historia nuestra

Bienal de Escritura para Maestros y Estudiantes de Antioquia

Fondo Editorial Comfenalco Antioquia

Comfenalco Antioquia

Vigilado Supersubsidio

Índice

Ser leído entre regiones 11

Docentes ganadores **15**

Oco *Juliana Roldán Chica* 16

Abuelo materno *Andrés de Jesús García Hoyos* 19

Seleccionados **23**

Valparaíso *Wilson de Jesús Valencia Vélez* 24

La carta *Daniel Botero García* 27

Lo que fue... ¿podría ser de nuevo?
Milvia Tapias Oquendo 30

Una exalumna reza en las partidas
Diego Andrés Martínez Rúa 33

Mudar de piel *Daniel Alejandro Jiménez Gallego* 36

La casa, Gildardo y yo *Leifer Hoyos Madrid* 39

Callescuela *Jhonny Albeiro Barrientos Díaz* 42

En la memoria, un río de brevas
Leidy Viviana Pérez Pavas 46

La gruta sagrada *Andrea Ochoa Céspedes* 49

Los rayos *Marcela Patricia Hernández Chacón* 53

El último mensaje *Hernando Molina Rodelo* 56

Aguilucho cenizo *Juan Pablo Gómez Cano* 59

Sombras y resplandores
Julián Alexis Cataño Duque 62

Sierra verde *Alba Lucía Gómez Silgado* 65

El diccionario *Julieth Alexandra Valencia Ramírez* 68

Lágrimas de campo
María Daniela Suárez Gómez 71

Sobre la posibilidad de no marcharse jamás
Fernando Castaño Arcila 74

Una historia nuestra
Franklin Jhonatan Barreto Ordóñez 77

Caracolí, un territorio de gigantes
Luis Eduardo Calderón Loaiza 80

Vivo *Angela María Restrepo Patiño* 83

Estudiantes ganadores **87**

Pequeño Dadgwa
Edi Kiñapiler Hernández Santacruz 88

Un guatín al revés *Lisana Bolívar Vélez* 91

Seleccionados **93**

Mañana hay clase
Juan Sebastián González Ramírez 94

Conversación *Samantha Marín Urrego* 98

Desplazados *Laura Caycedo Garcés* 100

Niños del mañana *Valeria Marín Rincón* 103

Con olor a sancocho *Alexander Giraldo Gómez* 106

Chicharrón, yuca y suero costeño
Breider Andrés Caraballo Hoyos 108

Rodeada de eugenios
Brillith María Almanza Licona 110

En la vereda Las Hojas *Daniel Buitrago Herrera* 111

A Marinilla en Guitarrilla
Miguelangel Tabares Guarín 114

Como saludo de gato *Simón Henao Villada* 117

El territorio y su creación
Mateo Cañola Londoño 120

Lucas y el enigma de la Piedra del Peñol
Ximena Naranjo Arias 123

Amarillo, azul y rojo
Ashly Yulieth Loaiza Meneses 126

Nuestro territorio *Emmanuel Gaviria Delgadillo* 129

Guardianes de los ríos
Guadalupe Martínez Velásquez 132

Mi territorio *Juan Andrés Molina Franco* 134

Los arañazos del diablo
María Paula Tejada Ramírez 136

La naturaleza es mi hogar
Saira Liseth Moreno Mendoza 138

La tortuga Tita y las aguas cristalinas
Emely Yiseth Jaramillo Oquendo 141

La noche del diluvio
María Paula Camargo Atehortúa 144

Ser leído entre regiones

¿Te has preguntado alguna vez qué es tu territorio? ¿Qué es ese lugar que te acoge despierto y dormido y que caminas y quieres y a veces también te molesta, te frustra o te alegra? ¿Te has preguntado si ese lugar que habitas te pertenece? ¿Tienes un lugar favorito de ese entorno que te vio crecer o que, simplemente, por muchas razones de la vida, te ha acogido por un tiempo porque tus parientes o tú mismo decidiste llegar a una región especial buscando nuevos caminos? ¿Alguna vez has querido contar ese lugar que te ha permitido el amor o el desamor, la amistad o los sueños? ¿De qué está hecho tu territorio, qué es lo que más te gusta de él, son los pájaros que ves volar y no sabes su nombre o la naturaleza y los árboles que dejan caer hojas que se deslizan por tu cuaderno y te incitan

a escribir una historia? ¿Qué te sorprende de las calles de tu barrio o vereda, de las casas y los campos de tu municipio? ¿Qué te gustaría contar del sitio que habitas? ¿Qué historia de tu territorio te gustaría fuera leída en otras regiones?

El Concurso Bienal de Escritura para Maestros y Estudiantes de Básica Primaria y Secundaria de Antioquia: Una Historia Nuestra es una iniciativa de la Caja de Compensación Familiar Comfenalco Antioquia, a través de su Fondo Editorial, con el fin de estimular la escritura como una forma de reflexión y diálogo entre maestros y estudiantes del departamento.

En esta primera edición, cada participante presentó un relato de máximo 500 palabras donde exploró, libremente, su **Territorio**. Recibimos más de 300 propuestas de 60 municipios de Antioquia, de las nueve subregiones del departamento. 249 historias cumplieron con las condiciones para ser evaluadas por nuestro jurado, compuesto por los autores Catalina Navas, Lina Parra y José Ardila. Su dedicación, experiencia y sensibilidad fueron fundamentales para evaluar cada texto con el respeto y la atención que merecían.

En la deliberación, que se realizó el 31 de agosto de 2024, el jurado seleccionó como ganadora, en la categoría Maestros, la obra de Juliana Roldán Chica y su historia: ***Oco***, "por su atento detalle en la materialidad poética con la que reconstruye la vida y los dolores de un territorio". El segundo lugar fue para la obra de Andrés de Jesús García Hoyos y su historia: ***Abuelo materno***, "por su reflexión sobre la memoria y el juego con las estructuras narrativas".

En la categoría Estudiantes, el jurado seleccionó como ganadora la obra de Edi Kiñapiler Hernández Santacruz y su historia: ***Pequeño Dadgwa***, "porque mira al territorio desde el significado de las palabras. Lo que se nombra cuenta, tiene peso. El lenguaje es un lugar para habitar". El segundo lugar fue para la obra de Lisana Bolívar Vélez y su historia: ***Un guatín al revés***, "por su gozo con el lenguaje y las reflexiones entre la realidad y las palabras".

Además, el jurado eligió 40 textos más por su calidad y originalidad, y recibieron una Mención Especial el día de la premiación, que se llevó a cabo el 13 de septiembre de 2024 durante la Fiesta del Libro y la Cultura de Medellín.

Las 44 historias incluidas en esta antología evidencian la mirada profunda y espontánea de maestros y estudiantes de distintas edades y regiones de Antioquia y dan pie a observar el territorio con ojos nuevos, lejos de estigmas y lugares comunes. Las 44 historias incluidas en esta antología son un pretexto para propiciar conversaciones en las aulas de clase y en la vida cotidiana de cada municipio. Que la escritura, que hoy compartimos con los lectores, nos permita acercarnos más al territorio interior que hoy se expande entre nosotros.

Docentes ganadores

Oco

Juliana Roldán Chica
Medellín-Cosmo School

El recorrido de ellos inició en la mañana, antes de las dos, cuando ni siquiera los gallos se habían preparado para cantar. Oco estaba al tanto de los nuevos acontecimientos, o por lo menos, sabía de los últimos rumores que alcanzaban a llegar hasta las afueras de Cachivera. También tenía la certeza de que vendrían por ella; cruzarían esquivando zancudos y refrescando sus caras sofocadas con el viento de sus gorras; la empujarían con sus armas para apurar el paso y luego llegarían a cualquier lugar resguardado donde poder robar los poderes curativos de aquella.

Y así fue como pasó. No se tomaron el tiempo de presentarse, entraron con afán, llevándose en su carrera la hamaca donde Oco intentaba descansar. Ella ya los estaba esperando con los ojos abiertos desde que los animales anunciaron su visita; se habían ido huyendo del estrépito de las pisadas. Las pisadas de las botas guerreras comenzaron una marcha perdida, hasta que llegaron a la casa ancestral de los cubeos. Allí improvisaron una sala hospitalaria y dejaron todo en manos de la curandera.

Las gotas de sangre le salpicaban en la cara mientras sudaba de terror. El corazón se le había vuelto un revoltijo caliente de angustia. La pregunta era la misma. ¿Lo puede curar? Ella examinaba cada parte con sus manos temblorosas, ignorando el líquido rojizo que inundaba las pocas sábanas limpias que quedaban en la maloca profanada. Con los brazos hechos pedazos, los hombres sin piernas suplicaban piedad a sus pares. Gritaban con lo que quedaba de sus almas —No me maten, todavía no. No me maten— Pero la negativa de Oco abría la puerta a un atroz tiro de gracia que teñía de rojo el rostro de la mujer.

Muchos años después, las voces de los muertos la continuaban siguiendo a todas partes, se hicieron dueñas de los temores de

sus noches largas y acompañaron todos sus días de río tostados por el sol. Se volvieron su compañía; a veces mala y veces buena. Sus voces se transformaron en el alivio del mundo trabajoso y oscuro que la abrumó en sus días más santos. Oco curó a los que pudo y escoltó con temor en su agonía mortuoria a los que no se salvaron.

Abuelo materno

Andrés de Jesús García Hoyos
Granada-Institución Educativa Jorge Alberto Gómez, sede urbana

Al morir, mi abuelo dejó un paisaje. Para verlo, bastaba con caminar por un corredor colmado de enredaderas. Gracias a su legado, el jardín de mi niñez fue rico en sensaciones que ahora atesoro. Después, hijos de otros padres cambiaron las montañas por edificios: el verde se fue convirtiendo en gris y la gente fue llegando a poblar lo que antes eran cultivos. Mi madre, en sus últimos días, tenía en los ojos las miradas que había guardado en su infancia. Cuando le preguntaba, comenzaba su recorrido: una habitación para diez hermanas, esteras con soporte para las lágrimas, tejas de barro rotas por los gatos, piso áspero para los pies descalzos y una pared tapiada para contar

las penas. Cuando recorro los lugares en que vivió, pienso en sus recuerdos mientras contemplo el tránsito de las cosas que se secan. Afuera, conductores afanados ahogan el sonido de las flores con sus aullidos amplificados.

Estos primeros territorios demarcarían por siempre lo que serían mis calles. El interior y el exterior se han confundido. Lo que parece ser el afuera se ha ido convirtiendo en una lluvia de recuerdos que siguen hablando. En el interior, los sembrados que siguen emergiendo con la lluvia: agua que, al caer, recuerda ese primer recinto donde las cosas hablaban y era posible oírlas.

Mientras todo corre, trato de detenerme. La inmovilidad dota la mirada de una constante sensación de fantasía. Para dar realidad a las cosas, me detengo a escuchar su latido: es el útero materno el que aparece en las hojas. Son los pasos del abuelo lo que veo en cada huella.

Es la mirada de mi abuela la que aparece en el chocolate caliente.

Es ella, mamá, la que me prestó su mirada para ver el mundo cambiante.

Ellos, con los que hablé, son ahora voces que susurran en mi interior.

Afuera, lo que alguna vez fue pueblo, desaparece. Llega una ciudad.

Adentro, los recuerdos que permanecen mientras todo sigue su tránsito.

Todo lo que fue y lo que es aparece en mi barrio. Si cierro los ojos y pienso en el mañana, me entristezco porque entiendo que el paisaje de mi infancia desaparecerá como recuerdo. Con valentía, abro los ojos y observo ese otro legado, el de la familia humana: logro recordar la tierra en las manos, la mirada de mamá, la abuela caminando por un corredor tapizado en flores, papá y su cerveza, la lluvia que cayó, el encuentro que se extravía, el calor de la cocina cuando aparece el maíz. Entiendo, entonces, que otros también podrán pensarlo, leerlo, sentirlo.

Estas palabras son un grito de resistencia: la memoria, a veces tan frágil, me permite enraizarme de nuevo en la tierra hasta hacerme comprender algo esencial: que soy también aquello que recuerdo, que la vida que palpita en los paisajes es el propio corazón manifestándose. Así, cuando observo por la ventana, veo a mi propio rostro mirándome desde la historia de la abuela, nuestro horizonte común.

Historias con mención especial

Valparaíso

Wilson de Jesús Valencia Vélez
Valparaíso-Institución Educativa Rafael Uribe Uribe

Cuentan, los que cuentos cuentan, que hace muchos años, en las márgenes del río Conde, en la cuenca del Cartama, se asentó un grupo de indígenas, cazadores, orfebres, ceramistas, tejedores y recolectores denominados los Cartama, vivían felices entre el río, los árboles y el valle fértil que les proveía alimento. Pero un día, hombres blancos llegaron a las tierras a lomo de mulas y bueyes, con refinado hablar, que no se entendía, y con papeles en la mano que decían que todos aquellos parajes en los cuales los Cartamas eran felices, les pertenecían a esas personas intrusas y extrañas.

Levantaron cercas, tumbaron bosques, construyeron casas y maltrataron a esos bárbaros, iletrados, mal vestidos, que habitaban el lugar. Poco a poco la comunidad de los Cartamas se fue desplazando hacia nuevas tierras, nuevos ríos, para ser felices tejiendo nuevas historias, escribiéndolas en piedras, hoy llamados petroglifos.

Los dueños blancos vivían bien, formaron en el valle un pequeño caserío al que nombraron el Hatillo. Cultivaron maíz, café, cacao, caña de azúcar, grandes territorios con ganado; la población creció, el caserío fue testigo de las caravanas de colonos que buscaban nuevas tierras rumbo al departamento de Caldas y Risaralda. Muchos, tras pernoctar en este valle, decidían quedarse para siempre, el encanto de sus paisajes, clima y su gente generaba el ambiente perfecto para no desear partir.

En este pequeño valle, que contempla al fondo dos hermosos farallones: La Paz y Galeras, en jurisdicción de La Pintada, que ha sido testigo del progreso de Antioquia con sus hermosos trenes ferroviarios, que siente el cálido abrazo de sus vecinos municipios de Caramanta, Pintada y Támesis; que vio y sintió parir en sus entrañas hombres y mujeres probos como el general Rafael Uribe Uribe, Libardo

Parra Toro (conocido como Tartarín Moreira), Kika Torres, entre muchos otros.

Un valle hermoso que ve como, día tras día, toneladas y toneladas de su suelo son trasportadas hasta el Oriente antioqueño para transformarse en losa y cerámicas de excelente calidad. Tal vez en este momento apreciado lector, el piso de su casa o apartamento y enchapados se han hecho con la tierra de este pueblo.

Cuentan los que cuentos cuentan, que al preguntarle a un viajero, ¿para dónde vas? Y este respondía que para El Hatillo, no era raro que se escuchara: vas a ese lugar, vas al paraíso. Con el tiempo se unió la palabra valle y paraíso y, como por arte de magia, se abrevió y quedó Valparaíso, un lugar de paz, de libertad, resiliencia y amor. Cuentan que después de muerto el zorzal criollo Carlos Gardel, pasó por este pueblo en su féretro a lomo de mula, recogiendo el llanto de un pueblo que también vibró con su talento y las letras de sus canciones. Un paraíso en el Suroeste de Antioquia, el cual le invito a conocer cuando se le presente la oportunidad.

La carta

Daniel Botero García
Envigado-Institución Educativa El Salado

Cuenta la leyenda que Pedro Nel Isaza, prolífico compositor colombiano, venía de vez en cuando a Envigado a tertuliar con un amigo, habitante del municipio. Después del fallecimiento del maestro, por allá en 2015, aquel amigo entregó a los deudos unos papeles amarillentos que, según dijo, Pedro había olvidado en su casa tiempo atrás. Eran apuntes y letras de canciones, toda una joya archivística. Un vecino, entusiasta melómano e investigador, conoció los documentos, rescató y compartió uno de excelso valor. Era una carta firmada por un tal D.B.G. Hablaba de algo que, a todas luces, inspiró una conocida canción:

"¡Quiubo, Pedro mijo! Esto por acá anda prendido, ese berraco duende no deja el barrio tranquilo, esta semana ha hecho las de San Quintín ombe... Imaginate que se les apareció a las señoras del costurero, a las chismosas, ¡les escondió las agujas toda una tarde, y cuando aparecieron, ¡estaban dobladas!; no respeta mujer casada, ni viuda, mucho menos soltera, cuando menos piensan, les va alzando el vestido, les susurra groserías y no sirve que tengan santocristos colgaos, eso nada le vale. Las casas están vueltas un chiquero mijo, la gente dejó de barrer, porque a ese duende desgraciado le empezó a dar por meterse a robarse las escobas, pa´ salir volando en ellas por la noche; ya ni vidrios hay en las ventanas, vive tirándoles piedra, gritando madrazos a diestra y siniestra... ¡más siniestra que otra cosa!

Ya nadie deja salir los niños a la calle, ¿con qué tranquilidad por Dios?, todos empezaron a llegar a las casas con moretones, pellizcos y mordiscos de ese ente degenerado, ¡con decirte, Pedro, que hasta matrimonios ha acabado este jijueperra, con esa maña tan horrorosa de hacer maldades por ahí, escondiendo platas, alhajas, vinagrando el arroz, el aguadulce... en todo se

tira! El padre Eusebio se ha gastado los garrafones de agua bendita que vos querás bregando con esa cosa, y lo único que hace es charcos y pantaneros, eso no le vale cruz, ni escapulario. Es más, nos ha dicho en la misa que ese duende es de los bravos, no se asusta tocándole bandolina, ni tiple, ni guitarra, ni requinto; ¡figurate, ombe, que de todo eso toca el muy fregao!... siendo así las cosas, no tenemos cómo espantarlo.

A mí se me ha ocurrido ensayar con un instrumento bien distinto, a ver si el sonido lo asusta, por ejemplo, un 'acordión', ¿te imaginás la cara de ese entelerido apenas oiga sonar eso? Mirá a ver si te le medís, vos que sos tan entendido, tan versero y rimador, sacale una canción a este vergajo, pero 'acordionada', a ver si lo logramos desterrar con eso.

Atentamente: tu amigo, D.B.G.

Parece ser que Pedro atendió el pedido. Pasado un tiempo empezó a sonar en emisoras y en parrandas navideñas *El duende alegre*, cantado por Octavio Mesa, y hasta por Darío Gómez, pero poco se volvió a hablar del barrio en donde todo eso sucedió.

Lo que fue... ¿podría ser de nuevo?

Milvia Tapias Oquendo
Santa Rosa de Osos-Institución Educativa Marco Tobón Mejía

Por casualidad lo había descubierto. Trabajaba, como todos en los últimos años, amontonando rocas y desechos de lo que antes fueran las grandes ciudades o las grandes construcciones de las que el hombre se enorgullecía. Precisamente, en una de sus rutinarias jornadas, se topó con lo que fuera el túnel más largo de América.

De pequeña, solo lo conoció por las historias que le contaran sus abuelos. Ella fue uno de los últimos bebés en nacer antes de que las autoridades globales impusieran el control masivo de natalidad, tras la ola de destrucción que sufrió el planeta, después de que

sus recursos fueron agotados. Siempre que escuchaba esas historias su mente viajaba. Se perdía en las palabras de sus mayores y podía casi distinguir, al cerrar sus ojos, el azul infinito con el que describían el inmenso mar. Eran los momentos que más atesoraba en su solitaria y rutinaria vida.

Reconoció el boquete principal del túnel por las pocas palabras que aún se encontraban grabadas en el oxidado metal, negándose a desaparecer de la existencia, siendo una afirmación de lo que otrora fuera la magnificencia en obras de ingeniería "moderna": Gilberto Echev...

Presurosa y egoístamente afanó su trabajo para que, ni su supervisor ni ninguno de los trabajadores del lugar, descubrieran su hallazgo. Movilizó más y más rocas. No había mucho alimento últimamente y trascurridos algunos momentos pudo abrir el espacio suficiente para que su delgado cuerpo cupiera en el túnel. Le pareció increíble que en su interior estuviera tan pulcro, como si nada hubiera pasado, como si la destrucción no hubiera llegado a él.

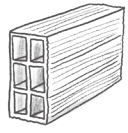
Contrastando con la oscuridad exterior en la que se había sumido el mundo, la claridad

repentina golpeó en sus ojos y los cerró con fuerza. Al abrirlos de nuevo, lentamente, quedó absorta en lo que se proyectaba a su vista: el azul infinito del inmenso mar que atesoraba, la remembranza de un pasado ajeno y desconocido.

La máquina del túnel era la esperanza, el premio, la recompensa para aquellos que merecían, por sus grandes cualidades, regresar a lo que antes fuera, a lo que antes existiera.

"Reporte del supervisor frente a la desaparición de la trabajadora KJ2097: muerte por derrumbe con imposibilidad para extracción del cuerpo".

Los seres que habían puesto la máquina en el túnel, nunca fueron percibidos. Así mismo, ella nunca más fue vista. Nadie supo nada y nadie conoció nada.



Una exalumna reza en las partidas

Diego Andrés Martínez Rúa
Valdivia-Institución Educativa Valdivia

El alto de Ventanas estaba quieto, parecía un guardián alado, oscuro y vigilante que ocultaba su rostro detrás de las montañas. La neblina lucía amañada en lo más bajo de la cordillera. Su espesura semejaba una carne que se podía acariciar con temor.

Isabel se detuvo. Tenía 14 años. Su cuerpo decrépito estaba derrotado. Sabía que hasta ahí llegaba el norte de Antioquia; sabía que 37 kilómetros abajo pasaba el río Cauca; sabía que por ahí habían cabalgado ejércitos republicanos... Por eso, todo ese abismo le olía a libertad.

Picas y martillos sonaban en el interior de la montaña. El eco de los golpes aturdía el

paisaje. Isabel recordó que allí los picapedreros se comían el ecosistema con cucharadas de 10 toneladas diarias de roca.

—Deforestan a causa del hambre —pensó. El ruido de las tractomulas le parecían truenos y regaños.

—Pero si es la troncal hacia Caucasia —dijo para sí.

Miró hacia las partidas de Briceño y por los ojos del pasado oyó de nuevo a su padre gritar, escuchó los disparos de aquella vez y sintió que era su pecho el que sangraba. Por un segundo casi corre despavorida hacia el acantilado a abrazar el viento.

Había olvidado completamente el nombre de su padre, pero no el de su profesor. Le parecían impenetrables los nombres de los muertos.

En el costado oriental de la montaña caían 13 nacimientos de agua. Recordó las veces que con canecas rotas hizo fila para abastecer su rancho de agua. Nunca entendió por qué nunca salió agua por el tubo del barranco, pero tenía la leve sospecha del olvido, del destierro, de la otra Colombia. —Todo se está hundiendo mija —le había dicho alguna vez una anciana vecina. Y era cierto.

De a poco, las nubes se fueron disipando. Una herida en la colina, justo frente a sus ojos, se fue abriendo. Pudo reconocer debajo de su frente a Valdivia, su pueblo de antaño, ahí recostado sobre Ventanas. Lo señaló con su dedo índice y una melancolía parecida al mar le subió hasta la mirada. La forma de su pueblo se le pareció a la de un hombre arrodillado, suplicante. No eran más que casitas dispuestas en desorden dejadas a la reserva natural.

—Te amo —dijo suavemente a esas tejas lejanas.

Apretó sus dos bebés en brazos y lloró. Un sentimiento animal en el corazón le decía: —Isabel, vuelve, apenas tienes 14 años—. Pero sus bebés y su soledad la empujaban a seguir para no caer de desnutrición contra el pavimento. Por su mente pasó la imagen de ese profesor que hacía dos años le había dicho que se quedara, que luchara, pero su niñez ya estaba destruida para ese entonces.

Retrocedió y en medio de la oquedad sintió de nuevo su salón de clases, las voces de sus compañeros, la cancha, el timbre, las banderas, el estrecho suéter... pero sabía que su suerte era de un color parecido a Ventanas y al dolor.

Mudar de piel

Daniel Alejandro Jiménez Gallego
Guarne-Institución Educativa Rural Piedras Blancas

El primer territorio que abandoné fue mi propia comodidad en Marinilla en cuanto supe que sería maestro en El Carmen de Viboral. Pero no trabajaría en alguna institución en el pueblo, sino en una escuela rural en las profundidades del cañón del Melcocho. En cuanto supe, me sentí emocionado y desorientado. Cuando hice mi primer recorrido en el lomo de un caballo a través de la selva, me acompañaban dos de mis futuros estudiantes, Andrés y Adrián, quienes llevaban consigo un machete, un sombrero y un pequeño carriel en el que veía, podía caber el mundo entero si quisiesen. En ese primer viaje para conocer la escuela de La Cristalina, no podía dejar de sonreír y maravillarme con

esta sensación de vivir el mundo fuera de mí. Una sensación renovadora, inquietantemente desconocida, me recordaba que esta podría ser la primera, pero no la última vez que haría este recorrido.

Adelante del caballo, aquel par de niños caminaba dando tumbos por el camino empedrado hasta que, asombrados, me mostraron casi a la distancia del rabillo del ojo, una botella que sobresalía del suelo, como una piña. Pero aquella piña no era más que una mina, toda señalizada la maldita, trayéndome un recuerdo que ni siquiera era mío. Las había visto en televisión y nada más. Qué sabría yo de bombas y minas. Qué sabría yo de guerras y heridas.

Los niños pasaron a su lado y luego se incorporaron al camino estrecho del caballo y durante unos instantes decidí quedarme en silencio, asumiendo la solemnidad de un momento perenne. Luego, nos rompió ese silencio el ruido de una cascada que atravesaba todo el valle pantanoso. Me bajé del caballo y, entre risas, jugueteamos con el agua y nos embuchamos para quitarnos el calor.

Remonté al caballo y al dar unos cuantos pasos, Andrés pidió que parara. Lo frené cuanto

pude y vi sobre el camino una serpiente rojiza y negra que brillaba por su piel humedecida. Su cabeza se retrajo sobre lo que sospeché sería una mordida larga a las patas del caballo. Pero, en un instante, sin mediar palabra, Adrián sacó un machete y de un solo tajo le cortó la cabeza. Tal escena nos dejó atónitos. Con el cuerpo confundido se movió pasmosa hasta que, unos segundos después, se quedó en completa quietud. Los ojos de la serpiente nos miraron el fondo del alma y Andrés la lanzó de una patada camino abajo. Me bajé de nuevo y, asombrado, tomé entre mis manos el cuerpo de la serpiente. Admirado por su geometría y colores vibrantes que encajaban entre diamantes rojos, la abracé y también, a la idea de que esta era la cruel bienvenida de la selva. Junto con su piel, mudé la mía. La llevo como un tatuaje, como recordatorio de que su muerte, como tantas otras, fue innecesaria. Al llegar a la escuela, me dieron un abrazo. Prometí verlos al día siguiente, les agradecí su compañía, me agradecí por estar vivo.

La casa, Gildardo y yo

Leifer Hoyos Madrid
Envigado-Institución Educativa El Salado

En momentos nostálgicos recuerdo aquella casa de tapia, de paredes blancas, con tejas de barro, con un solar amplio y un generoso jardín de buganvillas cercado, que iba casi hasta el cementerio del pueblo sobre el costado izquierdo. Hubiera querido conservar la casa. Era un niño la última vez que pisé su cocina de tierra. Allí dejamos un domingo de pascua al hermano mayor de mi abuelo: ¡Gildardo! Gildardo era una leyenda, el mejor con la peinilla o machete, su fama y gallardía rondaba los territorios de todo el Nordeste antioqueño, desde Remedios hasta los altos de Zaragoza, donde según las malas lenguas están las mejores "brujas del mundo". Lugar donde varias esclavas negras, según las crónicas, fueron remitidas a Cartagena de Indias por el tribunal eclesiástico de la Inquisición

durante la época de la Colonia, me imagino que por deslenguadas, "por no creer en Dios ni en Santa María", como diría don Tomás Carrasquilla en su obra *Simón el Mago*.

Volvamos nuevamente a Gildardo, él era el guardián de aquella casa, cumplía con todos los requisitos del arquetipo para serlo: silencioso, gentil y feroz. Gildardo era mayor que mi abuelo. Debió nacer a finales de los años treinta del siglo XX y creció en medio de la violenta Colombia bipartidista de los años cincuenta. Gildardo era un negro liberal, minero, que sacaba oro desde muy joven de las minas del Nordeste, mucho antes de que la Frontino Gold Company llegará allí con sus maquinarias y tecnologías extractivas. Gildardo, al que apodaban "Lucumí" en los bares y cantinas de toda la región, gareteaba bestias desde los ocho años y ayudaba a su mamá con el dinero que este oficio pudiera recompensarle, su madre una mujer negra, mulata, hija natural de un blanco que no las reconoció ni a ella, la mayor, ni a sus otras cuatro hermanas.

La casa de Gildardo, mi primera casa, ese refugio primigenio, vivirá siempre en mi memoria, aquel lugar era fruto de la unión de

mujeres negras, sin marido, rebeldes, libertarias y cargadas de palabras e historias. Es probable que la casa estuviera allí desde fines del siglo XIX, casi un siglo antes de que yo naciera. Un recuerdo potente que sobreviene a mi memoria ligado al recuerdo de la casa es que no puedo desligarla de la letra musical de *Las Acacias*, esa nostálgica canción de Garzón y Collazos que me revuelca y que es un ritornelo, como diría el filósofo Gilles Deleuze, el cual trae esa infancia temprana a mi memoria y que hoy resulta tan lejana, pero que deja un sabor amargo por ver este pasado ausente donde ninguno de mis seres queridos había sido sorprendido por el ángel de la muerte:

> Todo ha muerto, la alegría y el bullicio.
> Los que fueron la alegría y el calor de aquella casa
> se marcharon unos muertos y otros vivos
> que tenían muerta el alma
> se marcharon para siempre de esta casa.

Callescuela

Jhonny Albeiro Barrientos Díaz
Medellín-Institución Educativa Kennedy

Mientras nos abríamos paso por la acera, al lado de los bares del bulevar del barrio, entre la gente del sábado, tropecé con alguien, pero su sombra gigantesca me hizo olvidar cualquier disculpa.

—Ese es uno de los que cuidan el barrio —dijo Luis— no te preocupes.

Saludamos a nuestros amigos y pedimos dos cervezas en el bar que frecuentábamos, lleno de estudiantes, artistas y rockeros. Pero, después de bogársela a borbotones, diciéndome que iba para una fiesta, me lanzó el balde de agua fría:

—Cucho, el fotógrafo te manda a decir que no te puede facilitar las fotos porque las prestó y se perdieron.

Al escuchar esas palabras que entorpecían la investigación de mi maestría para ascender en el escalafón, también bogué mi cerveza y me despedí de mis amigos, indignado. A esto se sumaba que el hombre con quien me había tropezado, no dejaba de mirarme. Aunque no tenía rostro rudo supe que muchos malosos de ahora tenían cara de galanes imberbes, que pasaban por jóvenes educados que llevaban a sus abuelas a misa.

Al darle la espalda, intuí que algo iba a decir, entonces me preparé a responderle que había sido sin intención, que siempre íbamos por ahí tropezándonos con todo y perdiendo las cosas importantes. Pero me recriminé por tener que disculparme de alguien que, contrario a mí, no hacía el bien a las personas. Como presentía, la voz se dejó escuchar:

—Profe te volviste muy "creído".

La palabra "creído" suavizada por "profe" me tranquilizó.

—Qué tal —dije buscando un signo conocido entre su barba.

—Soy Jonathan, ¿se acuerda de la bicicleta, cucho?

Al escuchar la palabra "bicicleta", el rostro del joven que había terminado bachillerato hacía años en el colegio y había guardado mi hermético secreto, se aclaró:

—¿Cómo estás, Jonathan?

—Bien profe, por aquí trabajando.

No quise profundizar en sus oscuras labores.

—¿Todavía está en el colegio, profe?, ¿ya se va, profe?, quédese que aquí está seguro, no le va a pasar nada.

—Solo iba al baño, Jonathan.

Cuando regresé, ya les había contado la historia porque me miraban riéndose. Aunque Jonathan siempre fue discreto, así se haya comido en ese tiempo, por mi iniciativa, algunas empanadas con gaseosa por guardar el divertido secreto de mi segundo año como profesor, cuando aún era un joven peludo y rockero.

Al momento de irme, uno de ellos me chocó la mano:

—Le tenemos la buena, cucho, así deberían ser todos los profes.

Luego escuché cómo le lanzaba al otro muchacho la temida frase:

—El profe iba pegado de un bus, con un gancho, en bicicleta.

Los dejé atrás con sus risas. Ya no debía tener en mi rostro las señales inconclusas de una maestría fallida, sino la impotencia de no haber podido enseñarles a mis alumnos a hacer barquitos de papel dignos de viajar por la quebrada cristalina de sus vidas, barcos siempre varados en sus filosos corales.

Yo solo era un simple humano, expuesto, como cualquier niño del barrio, a los juegos de la calle.

En la memoria, un río de brevas

Leidy Viviana Pérez Pavas
Marinilla-Institución Educativa Escuela Normal Superior Rafael María Giraldo

Silbidos, sin saber por qué, era lo que siempre escuchaba bajo una luna
iluminada por el sol, justo antes de la media noche, en el patio de la casa, donde
había unos árboles de brevas. Allí, más de una vez me fui con mi papá a ver qué
alma en pena andaba por ahí, pidiendo padrenuestros. Una de esas noches,
además de los silbidos vimos una pequeña luz que emergía de la tierra y
ascendía hasta desaparecer. Mi papá al verla agachó la cabeza y se persignó,
yo muy asustado, casi por reflejo, hice lo mismo.

Al siguiente mes, fuimos nuevamente, la pequeña luz, ahora más intensa,
apareció, él, sin dudarlo, empezó con una pica a mover la tierra junto a las
brevas, cuando menos pensó vio como la luna con su reflejo hacía brillar algo
pequeño, al intentar cogerlo no fue posible, desapareció. Cuando me acerqué
con una mirada curiosa y temerosa a la vez, allí estaba, brillante, era una aguja
de arria de oro. Mi papá dijo que rezara a las ánimas del purgatorio y que la
guardara, que muy seguramente allí estaba mi suerte, mi camino.

Esta historia me la contó mi abuelo, quien dice encontró su profesión de arriero aquella noche. Allí inició una vida llena de viajes, fondas, de caminos que trazó en la montaña y que con los años olvidó. Ahora, frente a la ventana de madera de su habitación, siento un escalofrío, el viento comienza a correrme por el cuerpo, como si fuera un río de brevas; escucho el susurro de los viejos, que ahora miran el tiempo a través de una fotografía a blanco y negro, colgada en una pared. El corredor, que antes se

me hacía más grande, solo cuenta con algunas ollas envejecidas, donde la abuela sembraba geranios, besos y anturios.

La energía nunca llegó hasta este lugar, mi abuelo siempre tuvo miedo de los estragos de la civilización, como la llamaba él, o muy seguramente, temía perder la felicidad que le daba tocar su tiple a la luz de una vela o al pie del fogón de leña, mientras la abuela batía chocolate entre las brasas que escondían las arepas de mote.

Estas y otras historias son las que en esta noche que se avecina, llegan a mí. Muy pronto en este lugar construirán unos cuantos edificios y la casa, la tapia y sus voces, serán ya el eco de los recuerdos.

Quemo palo santo para espantar la nostalgia mientras afuera escucho el eco del llegar de las mulas agitadas y una radiola que entona melodías de tiple y guitarra. Se acerca la media noche, y mientras intento dormir, escucho un par de silbidos, temblorosa pongo mi mano debajo de la almohada para cogerla, sí, allí está la aguja de arria, para recordarme que también somos memoria, que la tierra, la montaña, el ancestro, siguen ahí, como un misterio, más allá de los lugares.

La gruta sagrada

Andrea Ochoa Céspedes
Medellín-Institución Educativa San José Obrero

He postergado con dolor y lágrimas mi deceso hasta que las escasas fuerzas que quedan me permitan hacer un manuscrito de lo ocurrido en este lugar. El tiempo, en su silenciosa traición, no fue suficiente para plasmar una historia rigurosamente documentada; hoy debo entonces conformarme con escribir una escueta cuartilla con mis exiguas fuerzas de peregrino, para narrar el suceso extraordinario que, bajo mi humilde opinión de literato aficionado, debe registrarse para la posteridad.

No pude comprobar de manera tangible si la vocación religiosa que supuse en mi juventud me convocó con fines meditativos o sencillamente relacioné el oficio misional con la oportunidad de explorar nuevos territorios, el

caso es que me incorporé a la vida monacal dado a que mis aspiraciones no trascendían más allá del sosiego en un oficio que admitía períodos de aislamientos. El reto de llegar a lugares desconocidos me hacía emocionar, pues era la justa oportunidad de fusionar mis precarios conocimientos de explorador con una modesta trayectoria monástica.

La adoración divina y el trabajo social, en medio de la naturaleza virgen, representó un buen desenlace para mis últimos años de vida contemplativa, de manera que en 1944 pisé, por primera vez, los predios adquiridos por mi comunidad religiosa en una vereda del corregimiento de San Antonio de Prado llamada La Florida, un lugar para los menesteres espirituales en medio de terrenos boscosos que creía inexplorados. Así, con el arrebato de un niño scout y el aplomo sacerdotal, recibí el designio de ser un habitante del seminario para el retiro y la convivencia espiritual.

Desde la primera noche, en aquel lúgubre sitio, tuve una premonición que me obligó a buscar pistas para entender un sentimiento de extrañeza que tempranamente me asedió. Esperé a que el sueño y el silencio

invadieran el monasterio para osarme a recorrer un viejo camino ubicado en un lateral del claustro. Al avanzar unos 500 metros observé una extraña gruta, una especie de cueva que parecía un santuario otorgado por la majestuosa montaña. Me atreví a ingresar confiando en que pudiera tratarse de un regalo de la naturaleza para propósitos espirituales de oración y recogimiento. ¡Qué absurda ingenuidad!

Un cántico y una lámpara de queroseno acompañaron mi marcha hacia la cueva, pero la sensación de claustrofobia se apoderó de mí. Las paredes parecían acercarse hasta que sentí una presencia siniestra, una figura espectral que emergió de la sombra cuya voz, como un lamento profundo y desgarrador que murmuraba maldiciones, me advirtió que no perturbara su descanso, sentí palidecer. Envuelto en pánico retrocedí con premura hasta desfallecer en el suelo húmedo y agreste.

Al despertar estaba en mi camastro con taquicardia esforzándome en recordar el misterioso evento y los pormenores del retorno a mi lecho. Después de mucho

pensar, solo me puedo acordar con lucidez de aquella voz espeluznante y del mensaje que bramó: *"El territorio es sagrado, no insistas en explorar ciertos escondrijos porque hay lugares de la naturaleza y el misterio que es mejor dejarlos en la oscuridad"*.

Los rayos

Marcela Patricia Hernández Chacón
Rionegro-Institución Educativa Josefina Muñoz González

"Cuando llueve, resuena en cuevas y grietas la bronca de los demonios, furiosos porque se les mojan los rayos y las centellas que han encendido para incendiar el cielo".
1682 Remedios: pero se quedan
Eduardo Galeano, Memorias de fuego

Cómo serán de poderosos los rayos, que en varias culturas los relacionan con dioses y cómo serán de impactantes que, créanme, los reconozco a todos cuando hay tormenta.

Son todos en uno: la nube cumulonimbos es Zeus, los estruendos son Chango, las chispas son Whaitiri, las descargas son Thor, el destello es Xolotl y los rugidos son Raijin; todos quebrando el espacio y mi corazón. No recuerdo tenerles tanto miedo antes, pero

desde que vivo en Cocorná, un pueblo entre las montañas lleno de gente linda, los rayos parecen haber triplicado su poder y temo que también yo estallaré de repente.

Cuando escucho cómo el espacio parece quebrarse, siento la furia y el poder de la naturaleza, de la electricidad en modo salvaje, de lo que es capaz de recibir la tierra una y otra vez, ella igual de salvaje recibe una recarga que energiza sus nutrientes. Mientras yo, no puedo evitar pensar que todo se va a venir abajo, que el estallido será lo último que escucharé en este mundo.

En la casa varios aparatos se han dañado por las descargas de los rayos, después de la tormenta es común ver a los técnicos de las diferentes empresas restableciendo los servicios de internet, telefonía y televisión porque no hay cables que resistan semejante electrochoque, se me hace raro que nosotros no amanezcamos como electrizados también, o tal vez sí, pero como todos estamos en esas no nos damos cuenta.

A pesar de estar en un espacio cerrado, en mi casa yo sufro y lloro del susto, sé entonces que mis antepasados también se

aterrorizaban. Pero después de mi terror, calmar mi corazón y ver como las guaduas resisten y siguen la tormenta moviéndose a su ritmo, paso a la etapa de pensar en laboratorios, pararrayos, estudios científicos, ondas de sonido, decibeles, ondas de luz, historias, debe haber muchas explicaciones. ¿Por qué no habrá en Cocorná un equipo de físicos, ingenieros, electricistas y científicos experimentando e investigando con la electricidad?

Bueno no los hay aquí, pero sí en Colombia porque es una de las zonas donde más caen rayos, mejor dicho, en Latinoamérica y África es donde más actividad se ha detectado, hay sensores que todo el tiempo los están registrando.

Pero ¿se puede hacer algo con ellos? ¿Podríamos usarlos como electricidad en lugar de tantas hidroeléctricas? ¿Cómo hacer un pararrayos casero?

Cuando logro calmarme entiendo que tendría que dedicarme a investigar demasiado sobre este tema y como no es mi campo, desisto. Tal vez sea suficiente con respirar profundo y confiar en que, si pasa algo, no puedo hacer más que rendirme, pues es la naturaleza la que marca el ritmo y los ciclos de la vida.

El último mensaje

Deiler Hernando Molina Rodelo
Medellín-Institución Educativa La Independencia

Medellín se ha transformado en un laberinto de neón y acero. Desde la Comuna 13 hasta El Poblado, la ciudad brilla con un resplandor artificial. Las titánicas unidades residenciales, como enormes colmenas de concreto, se elevan hacia el cielo. La Alpujarra, ahora un coloso de titanio y plasma, se erige como un símbolo del poder cyberpunk en Medellín. El edificio Bancolombia se ha adaptado al futuro y en su fachada se proyectan mensajes políticos polarizadores en pantallas gigantes. En esta metrópolis se libran ciberguerras silenciosas. Alicia, una periodista intrépida, camina por las calles bajo el resplandor fluorescente, sabiendo que ha descubierto una verdad incómoda: una conspiración entre el gobierno y una poderosa corporación para manipular la opinión pública a través de algoritmos y noticias falsas.

Esa noche, mientras el cielo se llena de drones vigilantes, Alicia sube el último artículo a la Deep Web. Su corazón late con fuerza; ha revelado cómo una campaña de desinformación ha radicalizado a grupos extremistas, desestabilizando la ciudad. Sabe que es peligroso, pero no esperaba lo que sucedería.

Horas después, Marlon encuentra a Alicia en su apartamento, sin vida. La escena del crimen es un aviso: un mensaje en código binario proyectado en la pared, una clara señal de que su muerte no ha sido un accidente. Marlon, su novio y compañero hacker, se arrodilla junto a ella, su mente llena de dolor y furia. Conocía los riesgos, pero nunca imaginó perderla de esta manera.

Impulsado por la venganza y la necesidad de justicia, Marlon se sumerge en el oscuro mundo del cibercrimen. Los días pasan en un torbellino de líneas de código y noches sin dormir. Descubre que Alicia no era solo una periodista; era una agente encubierta trabajando para una facción rival dentro del gobierno. Su

muerte había sido ordenada para silenciarla y proteger a los verdaderos culpables.

El descubrimiento lo golpea como una corriente eléctrica. La mujer a la que amaba le había mentido durante todo este tiempo. Sin embargo, a pesar de la traición, decide continuar su misión. Marlon encuentra archivos que detallan un proyecto de la corporación: una tecnología capaz de controlar las mentes de las personas a través de implantes cerebrales. Alicia había estado trabajando para detener este proyecto, pero fue descubierta y eliminada.

Con la revelación, Marlon comprende la verdadera magnitud del peligro. Envía toda la información que ha recopilado a varias plataformas en línea, sabiendo que no podrá esconderse por mucho tiempo. La ciudad, ya al borde del caos, estalla en protestas. La muerte de Alicia no ha sido en vano; su sacrificio inspira a una generación a luchar por un futuro más justo y equitativo.

Marlon, en una azotea, observa las multitudes desde la distancia. Su corazón, aunque lleno de dolor, late con una nueva determinación. La batalla por la verdad no ha terminado y él está dispuesto a luchar hasta el final.

Aguilucho cenizo

Juan Pablo Gómez Cano
San Antonio de Prado (Medellín)-Institución Educativa San José Obrero

Vivo en la vereda El Potrillo cerca de un riachuelo, las montañas están rodeadas por neblina que a veces me impide alzar vuelo. Desde las alturas, las personas me escuchan graznar, las tórtolas se esconden porque saben que las quiero devorar. Cerca del riachuelo hay un colegio inmenso que antes fue manicomio y primero monasterio; en el centro de su patio se levantan varias palmeras en las que suelo reposar, los profesores me graban videos y los estudiantes me intentan atrapar, nunca podrán lograrlo porque soy ave veloz y rapaz.

Aunque el corregimiento está creciendo en urbe aún hay mucho monte por el que puedo volar. Predomina el olor a tierra húmeda, las casas de adobe de barro y teja de zinc; vivo en un lugar en el que puedo ser libre y feliz.

A las siete, a las doce y a las cinco suenan las campanas de la iglesia, algunas personas entran a la misa mientras que otras se quedan fuera comiendo crispetas o helado de frambuesa. Al lado derecho del templo los ancianos toman tinto y comen buñuelos. Al lado izquierdo hay un restaurante y más allá el cementerio. Yo sobrevuelo todo el parque y me enorgullece ver cómo las palomas envidian que sea yo quien se lleva toda la atención de las gentes. Vuela el aguilucho, vuela imponente, soy dueño de los cielos y de los atardeceres.

En ocasiones me gusta ir a Pueblo Viejo, pasar por Heliconia y luego me devuelvo a mi corregimiento. Me representan los artistas en lienzos y en mosaicos, me componen poesías, himnos y hasta cantos. Me gusta mucho visitar la vereda El Cebollal, porque en los sembrados encuentro grillos y ratones que se convierten en mi presa y alimento de mis pichones. En las veredas, los caballos caminan entre las motos, los buses y los carros; existen los potreros, gallineros y porquerizas con marranos. Esta tierra tiene como ancestro al Verraco de Guaca y como patrono a San Antonio de Padua.

Las personas acostumbran trabajar en todos los oficios: venteros, taxistas, conductores, vigilantes, profesores. Albañiles de construcción vendiendo su fuerza para construir un edifico. Comerciantes de lociones, asistentes de supermercados, artistas de todos los tipos. Hinchas de Atlético Nacional, montañeros orgullosos de pertenecer a una gran ciudad.

Estudiantes que caminan entre las veredas en el comienzo de la madrugada. Grazno fuerte para que no desvíen su camino ni se detengan en las mangas. Historias de amor he podido ver, pero también grandes tragedias que me hacen entristecer. El instinto despierta, nacen flores amarillas, se marchitan florecillas violetas. Licor, vapor, todos los excesos de este siglo con olor melocotón. Día, tarde y noche, no paro de volar: soy sublime en el espacio. Ojo de ave rapaz.

Sombras y resplandores

Julián Alexis Cataño Duque
San Roque-Institución Educativa Rural San Juan, sede La Trinidad

La abuela Diosa se levantaba todos los días sin que aún se filtraran por las ranuras de la pared de tapia los primeros rayos, tiernos y delicados, del sol crepuscular, indescifrable en este trópico lleno de humedad y espejismos. Lo primero que hacía cada mañana era encender el fogón de leña con las brasas de carbón entumecidas en lo profundo del cenicero. A veces le costaba más de lo debido y se escuchaba refunfuñar, mientras hinchaba sus cachetes con el aire gélido de la penumbra. Soplaba y soplaba, hasta inundar la cocina de humo. Ponía a hervir la aguadulce con el asiento lleno de café molido, sembrado, cosechado, despulpado, secado y tostado en la

antigua casa de bahareque, construida por una generación tan lejana que ya nadie recordaba sus nombres. Luego armaba la máquina de moler para hacer la masa con los granos de maíz cocinados la noche anterior. Amasaba las arepitas redondas y en telas, dejando los bordes domesticados con las marcas de sus dedos.

—Viejito patirrajao, dele que dele y él ahí parao —solía cantar. El pilón de la mazamorra se lo había regalado el abuelo unos días después de casados —eso sí, a petición suya—, y estuvo siempre en el corredor de la cocina, escuchando los primeros lloriqueos de los catorce hijos, viéndolos crecer y suspirando con su partida. Recuerdo a mi abuela agarrando el largo madero, sacando el afrecho, colándolo en una enorme olla tiznada y apachurrada, hirviendo el claro con los arroces y sirviendo unas totumadas con pedazos de panela o, a veces, con bocadillo. La cascarilla sobrante se la echaba a las gallinas para que pusieran huevos bien alentaos, amarillitos y espesos.

Todos los hijos se criaron a punta de aguapanela, mazamorra, fríjoles y arepa. —¡Pa' qué más! —decían mis tíos.

La Diosita, a sus ochenta y dos años, cortaba leña con el hacha. En los mejores días de la cosecha se colgaba el canasto de mimbre y se metía al cafetal, arriaba la mula con la caña, enhebraba las agujas para remendar sus enaguas y recordaba su niñez en las tierras de los taitas, en una vereda lejana llamada Sardinas, por allá en Caracolí. Era una antioqueña de pura cepa: chapolera, montañera, campesina y, sobre todo, amorosa.

Ahora, ya viejo, mis nietos me preguntan por ese tronco húmedo y triste, por el corazón de Jesús en blanco y negro, por la máquina de coser de pedal y la foto de una mujer taciturna rodeada de su estirpe. —Es la abuela Diocelina —les respondo, tratando de disimular cuánto la extraño. Adentro de mí se me inunda el alma con el aroma de sus mañanas, el sabor de sus manos y las nostalgias de sus sonrisas, que siempre han de acompañarme, como el grato recuerdo de esa infancia feliz.

Estoy seguro de que jamás volverá a nacer en estas montañas una mujer con su pujanza y su berraquera, y esta generación de antioqueños nunca dejará de ser como fueron los abuelos.

Sierra verde

Alba Lucía Gómez Silgado
Necoclí-Institución Educativa Rural Zapata

Sierra verde y nebulosa,
bulliciosa
en madrugada,
que mantienes atrapada
la paloma, los errantes,
predadores y rumiantes,
en tus cúspides verdosas.

Con la luz de la alborada,
apenada,
tan silenciosa,
ocultas carga preciosa,
en los tallos amarillos,
en extraños bosquecillos,
que se alzan en tus lomas.

Nuevamente, aún resignada,
apresada,
a gusto así,
en el canto del chavarrí,
en la lluvia, en la brisa
que la arrastra sin prisa
a la otra faz de la sierra.

En la tarde, seres proscritos
osan gritos
a pies de loma.
Por la puerta se asoman
ojos llenos de encanto
admiran níveo manto,
niebla que borra las penas.

Desde tus sienes coronadas,
andanadas
de mil maretas
van meciendo las veletas
sobre azul océano.
A lo lejos un anciano
hace llorar su tambora.

El pueblo, entre mar y sierra
se alegra

con el cántico,
cual fuere un villancico.
Y entre un mar y un río
bailan para no sentir frío
por el viento del Caribe.

En esta noche bulliciosa,
la hermosa
flor se deslíe,
mientras al cielo sonríe
el alma inmaculada
que no ha sido manchada
por los amores del hombre
ni la prisa de la vida.

El diccionario

Julieth Alexandra Valencia Ramírez
Puerto Triunfo-Institución Educativa Rural Enrique Durán

Tomo I

En las palabras de mi diccionario, creía que estaban las necesarias para comprender la vida. Hubo un giro el día en que, diciendo SÍ a un sueño, también se lo estaba diciendo a nuevas formas de caminar, sonreír y hasta respirar.

A tres días de haber llegado a mi nuevo hogar, algunas palabras como silencio, frío y velocidad habían empezado a hacerse notar por su falta en él, siendo casi imperceptibles a la vista, sin embargo otras, tímidamente, estaban empezando a ocupar lugares importantes en su riguroso orden alfabético.

Tomo II

Eran las 3:30 p. m., hora habitual en la que pasa el "don" ofreciendo *deditos fritos*; megáfono a toda. La clase se pausa. Ana, como siempre, aprovecha para decir que deberíamos hacer un compartir de pan con gaseosa y no ver clase, a la par, Elías responde: "O mejor nos vamos un sábado a tirar baño en un charco y así conoce los alrededores…".

Ese último comentario resuena dentro; es verdad, solo conozco la ruta de mi antigua casa hasta aquí y bueno, también "conozco" el Río… De él he escuchado cosas, elijo creer que da vida a su paso y que es dueño amable de casi medio país. Quiero pensar que los relatos sobre él, que llevan dolor en sus palabras y destinos sin nombre, son parte de diccionarios que muy pocos usan ya.

—Nunca había vivido tan cerca de un Río, nunca había visto un ser vivo tan grande a mi lado.

Aquí la vida es generosa, los árboles son gigantes, los frutos nacen sin ser cultivados y las bandadas de aves van con la sinfonía más hermosa que jamás he escuchado.

Aquí la palabra vida es poderosa, pero en el mundo de las palabras, cada una tiene su contrapeso que equilibra la balanza de las totalidades. Aquí me han dicho que debo ser cautelosa —*nueva palabra*—, que el saludo y la conversación no se le niega a nadie, porque

no sabemos quién sea y, sobre todo, que no me debo asustar con el sonido que hace eso, que la palabra vida se extinga. *Ahí, en ese instante, no hay palabras.*

Después de **ese** sonido, en mi soledad —*nueva palabra*—, me inundo de miedo, angustia y lágrimas; palabras con un tamaño diferente al que conocía. Viene el cambio en mi respiración, busco calma y fuerza en mi diálogo interno para convencerme de que todo está bien; —así son las cosas aquí —me dice el diálogo externo.

Aquí la palabra contraste corre por las venas. La tierra es fértil, pero abunda el hambre —*nueva palabra*—, hay muchos intereses económicos y pocos en la dignidad humana —*nuevas realidades*—.

Tomo III

Bajé de la montaña al valle, conmigo mis sueños de profe y un diccionario cambiante. El resto no me pertenece, es más, le pertenezco, me transforma, me hace más humana y me muestra que, aunque me digan maestra, la vida siempre me ha llamado a lista como una estudiante más de sus clases.

Lágrimas de campo

María Daniela Suárez Gómez
Santa Rosa de Osos, Centro Educativo Rural Eufemia Arango de Roldán

Esa mañana no empacó las botas, los rayos del sol que entraron por la ventana de su habitación eran indicios de un buen día, mas no lo suficiente como para dejar su saco azul oscuro. De camino a la vereda, poco antes de perder la señal de su celular, aprovechó para llamar a su hermana. Pronto llegarían las vacaciones y su visita.

Desde la buseta contemplaba la colcha natural de las tierras frías de su ahora hogar, varios tonos de verde coloreaban su vista y en las praderas reverdecía un sentimiento de gratitud por lo observado. La neblina jugaba a entrarse en la buseta, el olor a estiércol le recordaba hacia dónde se dirigía y una sonrisa se hizo en su rostro.

Inició su jornada como siempre, con el agradecimiento a Dios por otro nuevo día y

la posibilidad de estar allí, con sus trece muchachos, como les decía, en ese recinto invadido por el tiempo, pero no por el olvido. No necesitaba tomar la asistencia, conocía muy bien a sus estudiantes. Le era fácil reconocer los oficios de aquellos jóvenes antes de ir a la escuela por su olor a tierra y su ropa desgastada. Por eso extrañó la ausencia de Jose, quien llegaba siempre temprano y la saludaba con su mano fría. "Seguro tuvo que recibir el ganado con su padre", se respondió ella misma.

Antes de finalizar las clases, don Jesús, el vecino más cercano, pasó a llevarle un tarro de leche recién ordeñada, para que se hiciera un cafecito bien bueno por la tarde, pues se acercaba una tormenta. El olor de esa leche mezclado con el aroma de campo y las vacas a lo lejos, le abrazó su corazón como su madre solía hacerlo cuando le daba de pequeña un beso en la frente.

En efecto, la lluvia atrasó el transporte, desbordó un riachuelo e hizo tiritar hasta a los campesinos que sembraban la papa. Sin embargo, ahí llevaba ella calienticos sus sueños de ser profesora rural que se arrullaban con la radio del chofer, mientras sonaban esas

canciones que otrora escuchaba su padre. La lluvia caía fuertemente en el techo y un presentimiento de llegar completa le apresuraba. Tenía fríos hasta los dedos de los pies. Las ventanas se pusieron blancas y el paisaje se tornó gris. Pronto llegaría a su casa, a su refugio, y a las palabras de su madre, pero un estruendo la hizo casi salir de su silla, que hasta su frío brincó. Se escucharon gritos y un vacío en su corazón la hizo bajar rápido de la ruta. Se había chocado la buseta con una bicicleta y un cuerpo posaba debajo del carro.

La lluvia y los pasajeros no permitían a Eugenia ver de quién se trataba y cómo podía ayudar. Ese día ansió haber llevado las botas y hubiera preferido no desempañar sus gafas para detallar que ese cuerpo, ahí, mojado, era el de su estudiante Jose.

Sobre la posibilidad de no marcharse jamás

Luis Fernando Castaño Arcila
El Retiro-Institución Educativa Ignacio Botero Vallejo

I

No, en realidad él nunca supo que tenía que marcharse y por eso nunca lo hizo. Más allá de

su mundo había más mundos, más circunstancias, más cosas, otras calles, otras manos, amaneceres más luminosos, colores pastel, pero no, no. Él se sentía cansado. Estoy cansado

se decía, estoy cansado y no pienso moverme, que se vayan todos si quieren, que se vayan lejos de este pueblo y que el último de los hombres, antes de cruzar la frontera, cierre la puerta. Más allá de su mundo había más mundos, pero no. Estoy cansado, se decía,

cansado de imaginar lo que ocurre más allá del horizonte dormido, de soñar con su boca desnuda, de suponer el futuro. Cuando todos se vayan y los cuatro muros de este moridero existan solamente para mí, cuando eso suceda me quedaré solo con mi mente y podré cagarme por fin en el paraíso. No, en realidad él siempre supo que era imposible marcharse así que nunca lo hizo. No, en realidad él nunca lo dijo pero lo pensó miles de veces mientras se hundía, pensó, él pensó, qué bonito hubiera sido ser otro, qué bonito hubiera sido dejar de ser yo y empezar a ser otro, radiante, liviano, despertar una mañana sin mí, no ser más un insecto.

II

Ahora está escribiendo y escribe: un puñado de islas lejos del mar, una mesa recostada al pie de un muro que ya no es blanco, paredes cubiertas de animales imaginarios que permanecen inmóviles mientras duermes. Entre la punta de tus botas metálicas y su vida diminuta se encuentran mil vidas, una calle, una cantina, un mesero enfermo y su esposa barriendo sentada en una silla, un montón de

piedras luminosas soñando un camino desierto después de las seis. Ahora está pensando y piensa: si yo fuera ese hombre me hundiría en el agua sin sol, lo haría justo en la noche con sombrero, saldría del pueblo en silencio y antes de arrojarme a la quebrada cantaría una canción mentalmente. Ahora está recordando y recuerda: recuerdo que hablé con el italiano, recuerdo que nos encontramos en la esquina de la iglesia de San José, recuerdo que eran casi las 5 de la tarde, recuerdo que nos sentamos en El Danubio y hablamos más o menos una hora. Recuerdo que nos despedimos y que estuve a punto de olvidar mi sombrilla, recuerdo que debo comprar un sombrero antes de ahogarme. Ahora está hablando solo y se dice: no debería haber salido de mi habitación esa mañana, no debería haber dicho lo que dije, ni pensado lo que pensé, ni callado lo que callé. Ahora dice lo que piensa y escribe: detrás de ese hombre hay otro hombre con los brazos cruzados y enfrente de los dos estoy yo como un espejo de aguas turbulentas, como un sombrero flotando lejos del mar en forma de isla.

Una historia nuestra

Franklin Jhonatan Barreto Ordóñez
Medellín-Institución Educativa Finca La Mesa

La vida se agita y mis pies se deslizan sobre las escaleras de asfalto, descendiendo ligeramente hacia el valle, en busca de un trozo de utopía que me ayude a trascender las desvencijadas imágenes de mis noches en vigilia. En los vagones de un silencioso tren, rostros somnolientos viajan hacia el norte como dislocados maniquíes bajo la luz de la barbarie y la alienación. La *Marcha persa*, de Strauss, estalla en mis oídos, creando una barrera sonora entre los cuerpos cansados y mis ojos sedientos de sueño. Es difícil respirar allí adentro; una voz te lo recuerda, por si se te olvida, y no consigues despertar al final del trayecto.

—¿Qué significa ser maestro? —me pregunta alguien en medio del torbellino que se forma

al salir del vagón. La pregunta sale de su boca en un vuelo lento de mariposa. El limitado tiempo que fustiga la muchedumbre en fuga me deja sin opciones. Un territorio de angustia y desencanto se levanta en mi mente a partir de múltiples variantes que rompen el delicado equilibrio de las prácticas y los resultados: ensayo y error, acción y reacción, voces silenciadas y sacrificadas en nombre del orden y el progreso, pero ya es tarde para una respuesta, mi interlocutor no existe más sobre la plataforma de trenes.

Me interno en el barrio después de experimentar un espasmo álgido producido por los ecos lejanos de una cabina que cae sin remedio. Las callecitas estrechas alguna vez estuvieron salpicadas de tristeza. Trato de que este territorio, trazado antaño con las líneas imaginarias de ignotos poderes, se erija ahora sobre la palabra y el diálogo. El vacío que alguna vez habitó las mentes y los corazones de sus transeúntes cuenta con una voz para evocar la inagotable sustancia de otros días, mejores días, quizá, en los que los colores del amanecer fueron serenos y bellos. La palabra evoca los mundos posibles, las realidades paralelas por las que transitan los sueños y anhelos, ilumina la memoria de quien ya no está,

hilvana instantes que devienen recuerdos, amistades cultivadas en los madrigales del alma.

No hay lugar para la niebla y el vacío. Es probable que, en el viejo guardarropas de la infancia de estos aprendices del lenguaje, queden aún abrazos y sonrisas pasmadas por la indiferencia y las frustraciones; pero, vamos, hay que reponerse y continuar. María José acaba de escribir un haiku en su cuaderno:

Lluvia de verano,
mamá está sentada
mirando afuera.

El misterio y la belleza han inundado el aula, los átomos de este universo sensible se dinamizan sobre las pequeñas órbitas que integran el barrio, las casas, los zapatos de la gente que camina a toda prisa hacia la estación, y regresa agotada y hambrienta. El mundo, por un momento, se ha tornado esa "nada inolvidablemente significativa".

El doctor Clauss cerró la historia clínica de la maestra Juliana Ariza, tomó el lapicero rojo y escribió en su agenda el siguiente título: "La salud mental de los maestros, un territorio poco explorado".

Caracolí, un territorio de gigantes

Luis Eduardo Calderón Loaiza
Caracolí-Institución Educativa Gabriel Correa Vélez

Desde niño, mi abuelo me habló de historias fantásticas donde hay una región de una belleza deslumbrante, con abundancia de animales de diversas especies que quizás no están en otras partes del departamento. Existen aves exuberantes, felinos pintados con tintes de las flores, armadillos con corazas fuertes, tortugas multicolores, peces en cantidad y gran variedad de plantas. Pero, lo que llamó mi atención, fue el momento en que me dijo que en este territorio había gigantes; los describió con tanta emoción que observé en sus ojos una sensación entre alegría y nostalgia.

Mi abuelo empezó con sus brazos a describir el tamaño de los pies de los gigantes, dijo que solo podían ser abarcados por seis hombres adultos tomados de las manos, pensé en la exageración de mi abuelo, pero lo dejé que continuara con su relato. La altura de estos seres es de cuarenta metros y sus brazos se pueden levantar hasta tocar las nubes. El sitio donde estos gigantes habitan son cavernas en las que se escuchan fuertes ruidos como estruendos de aguas torrentosas, en las noches, vuelan aves que al menor movimiento, hacen un grito que asusta hasta al más valiente.

El piso de las cavernas se puede mover como si estuviera vivo y si se agudiza el oído, se puede escuchar música. Cuando se observa cada espacio, se forman figuras que se reconocen a simple vista. Cada vez que mi abuelo me describía otra de sus vivencias, pensaba que lo que me contaba eran historias inverosímiles que se inventaba para entretener a sus nietos, como muchas veces lo hicieron con él cuando era niño.

Una mañana, me desperté con esas historias dando vueltas en mi cabeza. Me propuse salir de las dudas, llamé a mis mejores amigos

y los invité a que hiciéramos ese fantástico viaje. De acuerdo con las descripciones de mi abuelo, tomamos la ruta para la zona a la que se le llama "las cavernas del Nus", porque por allí pasa este río, caminamos varios kilómetros entre paisajes y montes. Preciso, encontramos las cavernas, nos adentramos en ella y nos recibieron los guácharos, aves nocturnas que viven en estas cavernas, cuando sienten movimientos comienzan a volar y a hacer chillidos muy agudos; el suelo se movía por la cantidad de cáscaras de los corozos que comen y de los insectos que descomponen todo.

Con la linterna, se formaron las sombras en las paredes y encontramos unos cristales que al rozarlos sonaban como una cajita de música. Recordé todo lo que mi abuelo me había contado y muchas partes coincidían, pero, faltaba lo más maravilloso, al frente de las cavernas observé unos árboles inmensos llamados caracolí, los cuales cumplían con las especificaciones en tamaño y majestuosidad. Me fasciné con tanta belleza y también sentí que mis ojos se llenaron de lágrimas, ¡todo es verdad!, exclamé fuertemente, Caracolí es un territorio de gigantes.

Vivo

Angela María Restrepo Patiño
Valparaíso-Centro Educativo Rural Horacio Toro Ochoa

He habitado mil mundos, mil cuerpos, mil historias. He habitado en mis sueños y en los sueños de otros, he sido una de las mariposas amarillas de *Cien años de soledad*, he sido musa de poetas y enamorados, he sido... fui y ahora soy.

Soy quien habita el paraíso, un paraíso de azules tibios al amanecer, de azules claros al mediodía, de azules apasionados teñidos de rojo al atardecer. Soy quien habita las nubes blancas con miles de formas, soy quien disfruta las nubes oscuras que anuncian la lluvia. Yo soy quien vive las noches de luna llena que ilumina las montañas, el campo, las calles y los corazones; soy luna nueva que se esconde para emerger cada mañana, con el

canto alegre de los pájaros; el ladrido exasperado de los perros, el canto melancólico de los pocos gallos que sobreviven a la modernidad, de los gatos que merodean en los tejados a las golondrinas para desayunar; soy la bocanada de aire fresco que nutre mis pulmones y llena de vitalidad mi ser, soy el sol tibio que abraza mi piel desnuda y la prepara para recibir el amor de otro ser.

Habito las calles llenas de historias, las casas antiguas llenas de secretos, habito las sillas del parque donde los ancianos calientan sus extenuados huesos, habito las iglesias donde miles han profesado sus credos cargados de fe, habito los caminos de la patria chica de aquel general que quiso cargar en sus hombros una patria llena de libertad, pero que con sevicia otros borraron su sonrisa y la oportunidad de un nuevo despertar. Habito las historias de mis mayores, quienes se apegan a su pasado, de aquellos que cuentan una y otra vez sus hazañas y las de otros para no perecer en el olvido o en el destierro de una memoria que cada día falla más. Habito los prados donde mugen las vacas, trotan los caballos, saltan los grillos, croan las ranas,

donde algunos yacen sus cuerpos desnudos en pasiones desmedidas con testigos mudos y con consecuencias inevitables que con el tiempo crecerán como ceibas enormes, fuertes y vibrantes en el centro de algún lugar.

Recorro sonriente el camino pedregoso que me lleva a un paraíso escondido dentro de otro paraíso. Transito esperanzada aquel tramo en ocasiones repleto de piedras resbaladizas y en otras de fango escurridizo, lo camino con el corazón ansioso de quien sabe que pronto se encontrará con pequeños ojos brillantes, sonrisas vibrantes y mentes listas para absorber, con corazones llenos de amor dispuestos a devolver aquello que se les da con multiplicidad. Vivo, sueño y suspiro, me frustro, me desespero, lloro y vuelvo a sonreír, con cada abrazo, con cada te quiero, con cada logro, con cada puedo, con cada soy capaz.

Vivo un territorio sagrado lleno de amor, de historias infinitas, de secretos, de amores, de dolores, de abandonos y de olvidos; habito un territorio lleno de esperanza forjado a lomo de bueyes, animales mansos o fieros como sus gentes.

Estudiantes ganadores

Pequeño Dadgwa

Edi Kiñapiler Hernández Santacruz
Medellín-Institución Educativa Jesús Rey

En la tierra del plátano, el Urabá antioqueño, hacia el norte, mejor dicho, en el mar, una madre Guna Dule dio a luz a un varón en la playa de un bar llamado La Vuelta. Allí, una curandera conocida por sus habilidades la asistió en el nacimiento del bebé al que llamaron Dadgwa, que en la lengua guna significa "Sol". Esto se debía a que nació en medio del ardiente sol del mediodía; sin embargo, nació más fresco que una brisa de primavera, pues abrió los ojos en las frescas aguas del salado mar Caribe. Al tocar el agua, el bebé Dadgwa pareció llenarse de vitalidad y, con una sonrisa, saludó al cielo, seguido de un llanto natural que anunciaba un ser con muchos caminos por delante.

Dadgwa es el quinto y último de los cinco hijos de la madre, seguido de sus hermanos mayores: Nagbe, el cuarto hijo y el segundo más joven; Ari, la tercera hija; Aggwa, el segundo, y por último, Assu, el mayor de todos, quien lleva más experiencia en la descendencia.

Nagbe, cuyo nombre significa "serpiente", no se alegró mucho de ya no ser el más joven y consentido de los hermanos. La envidia de haber perdido la atención y los mimos de su madre fue tal que, cuando Dadgwa tenía cinco años, lo llevó lejos del hogar, llevándolo en un transporte de los wagas (gente que no es Guna) hacia un pueblo cercano llamado Necoclí, un lugar repleto de gente waga. Allí, tomó un sendero lleno de matorrales y llegó a un río repleto de caimanes.

Horas pensando si cometer tal acto o no, hasta que finalmente lo lanzó sin mirar el cuerpo del niño. No se escucharon gritos, no se escucharon llantos, no se escuchó quejido alguno, solo se escucharon... ¿Risas? El niño parecía divertirse con los caimanes. Dadgwa parecía tener más fuerza que los reptiles y, con un movimiento brusco, saltó del agua con un torbellino y cayó encima de Nagbe, quien quedó boquiabierto ante tal suceso.

Assu, cuyo nombre significa “perro”, se dio cuenta de que dos hermanos faltaban en el hogar. Tenía una cualidad de nacimiento, un olfato tan único como el de cualquier animal. Entonces llamó a su hermana Ari (que su nombre significa “iguana”) y a su hermano Aggwa (que su nombre significa “roca”) y se dirigieron rápidamente hacia donde estaban los dos hermanos, gracias al olfato de Assu. Mientras Nagbe planeaba otra forma de deshacerse de Dadgwa, consiguió una roca para lanzarla sobre su cabeza, pero de pronto Aggwa llegó y se interpuso, recibiendo el impacto de la roca sin salir herido. Con la agilidad de Ari, sacaron a Dadgwa de la zona y Assu noqueó a Nagbe, llevándolo donde su madre para que fuera castigado finalmente por su envidia, siendo arrojado a los mismos caimanes para que sobreviviera por sí mismo.

Un guatín al revés

Lisana Bolívar Vélez
Andes-Institución Educativa San Juan de Los Andes

En Andes, un pueblo a temperatura media y tranquilo, es donde vivo, mi casa es en San Francisco.

Por mi cuadra hay unas escalas, que si las subes a un costado hay una puerta, y si miras por dentro hay un bosque con todo tipo de vegetación y animales, pero el que a mí me gusta es el guatín, un animalito con paticas largas y con el rabito pelado.

Ese animalito es de un color café grisáceo.

Pero bueno, lo importante es la historia.

Una madre guatín tuvo tres hijos, a uno lo puso Pablito, al otro lo puso Augusto y al otro no supo cómo ponerle, así que lo puso con el nombre del primero, pero al revés, o sea que

se llamó Otilbap. Era un nombre muy raro, pero se lo dejaron.

Cuando los guatincitos empezaron a caminar, los dos primeros caminaban muy bien, pero Otilbap caminaba...

¡Al revés!

O sea, de adelante hacia atrás y al dormir lo hacía parado y al comer frutos los tiraba al río.

Su madre se dijo a sí misma: "Pero si él hace todo al revés tendrá que ver con los pies".

Pero después se dio cuenta de que era por el nombre, entonces cuando llegó el padre guatín de trabajar la madre le contó y le pusieron de nombre Rohkea Kaveri, que significa "chico valiente".

El guatín creció y se reprodujo y envejeció y hoy en día es el guatín más viejo y sabio con 20 años.

Historias con mención especial

Mañana hay clase

Juan Sebastián González Ramírez
Girardota-Institución Educativa Rural San Andrés

El amor de mi vida murió.

Así me perdí, estropeando mi hígado con aguardiente y encerrándome en mi casa. Vi las horas muertas y el foco apagado, y sentí que alguien más vacío que el silencio que me ensordecía se hallaba acostado en el suelo de la sala: yo, Víctor Serna, un profesor autodestruido.

Desperté con una jaqueca aturdidora. Eran las 3:00 a. m., llevaba durmiendo desde la madrugada del día anterior. Pude haber muerto, y no importaría.

Con esa reflexión amarga encontré un leve vestigio de esperanza que me motivó a bañarme por primera vez desde que llevé a Eris al hospital con apuro, hacía ya tres semanas. Me acicalé desganadamente y a las 5:30 a. m. ya estaba en

mi carro. Tomé aire unos minutos dentro del coche, apreté con fuerza el volante al notar que los recuerdos de ese diecisiete de marzo me invadían... Y, con un golpe en el pecho, salí del ensimismamiento traumático, me puse en marcha por el parque de Girardota y me sumergí kilómetros después en la carretera.

Veinte minutos después, llegué a San Andrés, una pequeña y apacible vereda en la que trabajaba. Me detuve frente la cancha. ¡Qué recuerdos! Eris veía con alegría y envidia a los niños jugar cuando me acompañaba a mi trabajo, con una cara maduramente inmadura, como resignada a solo poder anhelar la niñez que hacía mucho tiempo había perdido.

Seguí mi camino; subí hacia la vereda Mercedes Ábrego, crucé el puente naranja y visité uno de los sitios favoritos de Eris: la quebrada Los Charcos, tan apacible y con el agua cristalina de siempre; a ella le fascinaba bañarse y meter los pies. Me senté en una piedra allí y escuché una voz familiar diciendo mi nombre desde el mismo puente:

—¡Quiubo, don Víctor! —gritó don Aníbal, un señor de mediana edad, padre de una de mis estudiantes.

Lo saludé con la mano y bajó por la pequeña trocha hasta llegar a mí.

—¿Cómo está, don Aníbal? —le pregunté—, ¿mucho voleo?

—Sí, señor, gracias a Dios —respondió, sentándose en otra roca frente a mí.

—Qué bueno, me alegro mucho. ¿Y cómo está Celinda?

—Muy bien, dice dizque que extraña ir al colegio, ¿cómo la ve pues? Igualita a la mamá, a esa sí le encantaba estudiar.

Reí, a la vez que movía la cabeza con orgullo.

—Bueno, normal. Celinda es muy inteligente, lástima que se le dificulte la lectura.

—¡Ja! ¡Oigan a don Víctor! Desde que usted y la hija suya Eris, que en paz descanse, le enseñaron, esa niña no para de leer ni escribir, mantiene en esas.

Me quedé en silencio, sin saber cómo evitar sonreír, llorar, reír, gritar, quejarme...

—Menos mal me lo encontré. Vea, esto se lo manda mi niña.

Me entregó un sobre manual decorado. Leí su hermoso contenido, lleno de palabras tan aliviadoras, con su letra infantil pero menos errores de ortografía. Mi corazón lloraba, yo igual.

Le di las gracias a don Aníbal abrazándolo y le dije:

—Mañana hay clase.

Conversación

Samantha Marín Urrego
Bello-Colegio San Luis Gonzaga-Sin Fronteras

En vez de decir te necesito, uno dice:

Yo necesito tus brazos divinos brindándome calor en este sofocante mar helado que presiona mis oídos y me tienta a sucumbir...

O así creo yo que se debería decir, porque uno no necesita todo de alguien más, así como, por ejemplo, Antioquia no necesita todo de nosotros los antioqueños, para ser un lugar tan precioso y tan preciso en el que sus calles gritan belleza. Y una belleza abundante que recoge todos los estilos y gustos, pues los gustos yo los veo como colores, sabores, olores o como el éxtasis de comer un mango biche a la salida del colegio; de ir a montar skate el último día de clases, totalmente tranquila sin saber que ese fue uno de mis últimos momentos preciados con mis más fieles amigos, o eso decía mi cabeza. Y cómo no... si uno estuviera pensando todo el tiempo sobre lo cerca que estamos de sentirnos decepcionados o dolidos en cualquier situación posible, pues qué gracia tendría soñar, ¿no?

—¿Y por qué saca a colación a Antioquia?

—Para que mi obra pueda entrar al concurso de escritura.

—Yo también escribo relatos y los adapto para que la gente lea lo que cree que quiere y ahora míreme, soy un novelista profesional al que todos temen inconscientemente.

—Disculpe, ¿quién es usted?

—Soy la Muerte y es un placer conocerle.

Desplazados

Laura Caycedo Garcés
Envigado-Colegio Colombo Británico

En un bosque habitaba una familia de azulejos. Con mucho esfuerzo habían construido su nido, ubicado en la rama más alta de un árbol. No sabían el peligro al que se enfrentarían. Desde hacía algunas semanas se escuchaban ruidos extraños en el bosque, algo que no era natural. Un día, uno de los pequeños azulejos decidió ir a investigar estos extraños sonidos y no lograba entender lo que estaba viendo. Los ruidos provenían de unas máquinas que parecían escarabajos amarillos gigantes, con brazos largos y de cuyo interior salían personas. Estaban destruyendo el bosque. Nunca había visto nada igual. Su madre siempre les había dicho a los pequeños azulejos que si veían personas tenían que volar

lejos de ellas y avisarle. Y eso fue lo que hizo este: voló tan rápido como pudo para advertir a su familia y en cuanto escucharon la noticia sintieron una inmensa tristeza porque ese nido era su mayor orgullo y se tendrían que ir ya que sabían que su hogar y sus vidas estaban en peligro. Había pasado un día desde aquel descubrimiento pero no querían dejar su nido. De pronto, a su lado, cayó un árbol que casi derrumba el de ellos y ahí fue cuando entendieron que tendrían que irse y buscar otro sitio donde vivir. Volaron y volaron hasta llegar a una zona en la que apenas se veían árboles y el aire no era tan limpio como el que ellos solían respirar. Emprendieron el vuelo hacia otra zona y vieron un árbol frondoso y con ramas largas y gruesas, pero notaron que ya estaba ocupado por otras familias de pájaros, así que siguieron buscando. Luego, volaron hacia otro árbol, pero era gris, sin hojas, con ramas delgadas, se veía débil y a punto de caer. Pasaban las horas y la familia de azulejos ya estaba cansada de volar sin encontrar un sitio donde poder establecer su nueva vivienda, pero unos minutos después encontraron un bosque, cercano a un pequeño poblado

que tenía palmeras en el parque central y una fuente en la mitad de este. Era muy tranquilo así que decidieron instalarse en el bosque adyacente. Al principio fue muy duro para ellos ya que había unas palomas que dominaban la zona y eran muy molestas, pero debido a su perseverancia y determinación pudieron establecer su nuevo hogar. A medida que pasaban los años ya no añoraban tanto el bosque donde habían vivido, pero siempre lo mantenían en su corazón. Cada noche, antes de dormir, el pequeño azulejo miraba en dirección a lo que antes había sido su hogar hasta que un día ya no lo pudo ver más y lo único que observó fueron grandes edificios. Sabía muy bien que su antigua vida había desaparecido y más que nunca extrañó el antiguo bosque, pero siempre iba a proteger este nuevo hogar que habían creado.

Niños del mañana

Valeria Marín Rincón
Marinilla-Institución Educativa Román Gómez

Cuando la última semilla del diente de león caiga, los niños del mañana crecerán, cada uno tan distinto, pero a la vez tan igual a los demás. Aunque eran todos tan libres como el viento silbando por las montañas. Cuentan las leyendas que, hace muchos años, los niños del mañana vivían incontables aventuras cada día, ya fueran superespías o habitantes de las profundidades del inmenso mar; para ellos todo era posible, ¿llegar a la Luna?, ¿escalar el Everest?, ¿volar por los cielos? Todo eso formaba parte de su rutina diaria.

Pero su aventura favorita era algo tan simple como visitar una finca, una de nombre tan peculiar como su imaginación: La sirena, cuya pared gigante, con un ser de la misma

especie, jurarían haber visto moverse a medida que venían por el camino. Este lugar, de una simpleza tan singular para ellos era mágico, su más preciado punto de encuentro. En ese lugar, las aventuras nunca cesaban y estos niños adquirían la habilidad de soñar que no hallaban a veces en sus casas, allí su imaginación era infinita y su energía muy ilimitada. Podían jugar al baloncesto con los dioses y fútbol con los minotauros, luchar con la llorona, brujas y demás aliados. Había comida para las hadas, los duendes y los enanos; iban a la amplia jungla donde encontraban monos, tigrillos y lagartos. Había un manantial de agua pura donde podían ver nadar a los renacuajos y una loma tan empinada, que, si surfear no sabías, probablemente te hubieras petateado. Las noches allí eran fantásticas, niños de las tantas galaxias habidas y por haber con sus linternas titilaban y saludaban a quienes en la tierra estaban, cada uno acompañado de su madre, la señora a veces gorda, a veces flaca que sin falta siempre ahí estaba.

La última semilla del diente de león ha caído y los niños del mañana ya han crecido, todas sus aventuras quedaron grabadas en los

registros, sus ojos ahora ven como en realidad eran las cosas, impulsarse en un columpio o subir un árbol no son la gran cosa, esos dioses tan imponentes solo eran sus tíos humillándolos y los minotauros tan bestiales eran, otra vez, sus tíos despedazándolos; demás criaturas allí vivientes eran meras invenciones de sus abuelas, quienes solamente querían a los niños dentro de la casa; los manantiales son piscinas, la jungla una pequeña montaña, y noche de por medio, aún nos saludan las estrellas con la luna como siempre de compañía. Con nostalgia y melancolía, los niños a la sirena despiden, pues con el último aliento de su patrón, ella, llorando desconsolada, ya no se quería mover más y aquella finca tan especial ahora es un terreno comercial. Cada recuerdo y cada risa van grabados en su corazón, y dejan el título a la nueva generación, quien muy pronto los alcanzará, y nuestros niños que ya son casi adultos, ahora acompañan a la generación que les antecedió, tan vivaz, tan fugaz, se despiden de todos nosotros ya.

Con olor a sancocho

Alexander Giraldo Gómez
Rionegro-Institución Educativa Santa Bárbara, sede Río Abajo

Hola, vivo en la finca 68B, vereda Las Hojas, en el municipio de San Vicente Ferrer. Los caminos de mi vereda tienen rocas grandes y pequeñas; son en bajada. Si bajas en bicicleta y te caes, se siente puntiagudo, como alambres de púa. ¡Ja, si supieras! Una vez, iba bajando en bicicleta, muy rápido, y había una roca grande. Me caí deslizándome y me raspé la mano.

Ahora les voy a contar sobre mi casa. Mi casa es de color blanco y verde, como la bandera de Antioquia. Está rodeada de árboles de guayabas, que son amarillas y muy dulces. También hay un palo de limón que es verde clarito con rayas amarillas. Mi mamá lo utiliza para la ensalada, hacer limonada y, a veces, para la sopa de bagre, que le queda deliciosa. No me gustan las espinas porque me da miedo ahogarme; es que las espinas son puntiagudas.

En mi casa tengo veintisiete mascotas: un perro, una perra, un gato, tres vacas que todavía no ordeñamos y veintiún gallinas. Las gallinas nos dan los huevos para el desayuno, pero cuando están muy gordas, van pa' la olla con cilantro, zanahoria, caldo Knorr, papas, agua, sal y yuca. Toda la casa se pone a oler a sancocho.

Los vecinos hacen mucho ruido en la noche escuchando música y no nos dejan dormir; se acuestan como a la 1:00 a. m. Pero, cuando me los encuentro en el camino, me saludan diciéndome "vecino".

En el poste de energía de mi casa hay un panal de abejas quita calzón, que pican muy duro si uno las molesta, y en el tronco de un árbol cortado siempre se para un pájaro que tiene el pico naranjado. Termino diciendo que, en las noches, el cielo resplandece con la luz de una luna que me deja ver los caminos de la vida y las montañas puntiagudas que están cerca de mi casa.

Chicharrón, yuca y suero costeño

Breider Andrés Caraballo Hoyos
Rionegro-Institución Educativa Santa Bárbara

Soy Breider y vivo cerca de la marranera, este es un lugar donde crían marranos desde chiquitos, y cuando están grandes, los matan. Mi mamá le dice al señor de la marranera que le dé chicharrón del marrano para fritarlo cuando van personas a visitar. Ella lo acompaña con yuca, suero costeño, plátano y un toquecito de limón. Cuando ella lo frita, la casa se perfuma con el olor del chicharrón y me da un hambre que no me aguanto. Hasta que no le pido un pedacito, no me calmo.

Hay días que nos regalan el chicharrón porque está flaco, pero cuando está gordo, lo tenemos que comprar. Yo me canso yendo a la marranera porque a veces mi mamá me manda en la bicicleta. En el camino de regreso a la casa, me he encontrado culebras que me han atacado. Vivo en Galicia, parte alta del municipio de Rionegro.

Al lado de mi casa vive una vecina que se llama Tatiana y a veces mi mamá me deja con ella para ir a las citas de mi hermano, porque él tiene dificultad para caminar. A mí me encanta la comida de la vecina porque ella le echa mucho suero. Nosotros somos del pueblo de Puerto López, pero ahora vivimos en Rionegro, Antioquia. A mí me gusta vivir acá porque sus calles son bonitas y en la noche se ven como las de Medellín.

Rodeada de eugenios

Brillith María Almanza Licona
Rionegro-Institución Educativa Santa Bárbara, sede Río Abajo

Hola, mi nombre es Brillith. Vivo al lado de una aguacatera. Mi papá trabaja allí con los vecinos que viven cerca. Hay dos caminos para llegar a mi escuela: uno en subida y otro en bajada. A mí me gusta más el camino en bajada porque es más corto. Mi papá me lleva a estudiar y me monta en la moto en la parte de adelante.

Mi casa es de color blanco y rojo. Está rodeada de eugenios, donde las palomas hacen sus nidos. Un día me encontré unos huevitos de paloma y ella los abandonó; yo creo que un gato se comió la paloma en la noche. Me encanta donde vivo porque puedo ver lindos atardeceres.

En la vereda Las Hojas

Daniel Buitrago Herrera
Rionegro-Institución Educativa Santa Bárbara, sede Río Abajo

Hola, me llamo Daniel. En mi casa hay muchos árboles de guayaba. Yo vivo en la vereda Las Hojas, de San Vicente Ferrer, en una casa de dos pisos que es de color blanco. Por mi casa hay muchas flores hermosas y piedras; a veces me tropiezo y me caigo. En la casa de mi abuela hay gallinas; ellas ponen muchos huevos que traen a mi casa y mi hermanita los vende, pero dejamos unos para comer en el desayuno.

Por mi casa pasan muchos aviones porque en Rionegro, Antioquia, hay un aeropuerto. En mi territorio hay muchos pájaros y los vecinos hacen bulla por la noche, no dejan dormir. Mi mamá siempre compra flores para decorar la

casa. A veces aparecen arañas, unas pequeñas y otras grandes, que ponen huevos y hacen telarañas en las flores o en el techo. En mi casa, por la tarde, hay un atardecer muy bonito, pero no sale todos los días. Algunos días es de color rojo, amarillo, anaranjado o azul.

En mi vereda hay muchas casas. Los vecinos tienen unos perritos muy molestones y bravos. En el lugar donde vivo también hay vacas en un potrero. Las vacas son de un señor llamado don Rodrigo; él las deja sueltas y comen puro pasto, son gordas, muy gordas. A veces, las ordeña para sacar leche que tomamos caliente cuando hace frío en las noches. Es que en mi vereda hace frío y cuando vamos a visitar a mi abuela nos ponemos una ruana para no sentir tanto frío. Pero por el día hace calor y cuando queremos jugar no podemos ver bien porque hace mucho sol, entonces esperamos un tiempo hasta que baje un poco el sol.

En mi vereda se pueden ver por las noches las estrellas y la luna es muy bonita. Yo me acuesto a las 8:00 p. m. y me levanto a las 6:00 a. m. para ir a la escuela. En el amanecer, mi patio está muy mojado porque llueve, también hay mucha neblina y se siente el frío

en mi cara. Entre la neblina, se ven los árboles borrosos y de cerca veo en sus hojas gotas de lluvia muy pequeñas de color transparente. En mi territorio me siento alegre porque es lindo y disfruto caminar por él para ir a la escuela a estudiar.

A Marinilla en Guitarrilla

Miguelangel Tabares Guarín
Marinilla-Institución Educativa Román Gómez

Miguel era un niño que vivía en Bogotá, era muy alegre y curioso. Un día estaba en su habitación muy aburrido y fue a buscar entre las cosas de su abuelo, que hacía poco había muerto. Se sorprendió cuando encontró una lámpara mágica parecida a la de Aladino, por eso, frotó y frotó, cuando de repente, adivinen qué pasó...un genio de allí salió.

Miguel se sorprendió mucho, pero el genio le dijo que le iba a conceder un deseo y él pidió, desde lo más profundo de su corazón, que lo llevaran a conocer la ciudad de origen de su abuelito Tito: Marinilla, pero quería que su abuelo, que ya estaba en el cielo, lo acompañara una última vez. El genio aceptó cumplirle su deseo, llamó a su alfombra mágica y le ordenó

que tuviera forma de guitarra, porque Marinilla es conocida como la tierra de las guitarras.

Así iniciaron su aventura en la alfombra mágica Guitarrilla. Los recibió la señorita Berenice Gómez, fundadora de la biblioteca del municipio, y subió a la alfombra para dirigir la visita.

Lo primero que les mostró fue a los personajes que custodiaban el municipio, ellos ya habían muerto, pero ahora eran los guardianes del patrimonio cultural, como Simona Duque, Román Gómez y otros más.

Luego, visitaron la Casa de la Cultura José Duque Gómez, allí están la Biblioteca Pública y los museos. Después, fueron a la capilla de Jesús Nazareno, que tiene muchas imágenes religiosas muy valiosas. Miguel estaba cada vez más interesado en este hermoso lugar. De ahí se fueron para el Museo de los Cristos, donde tienen 2.760 crucifijos.

La señorita Berenice les contó que hay varios eventos culturales, de música, ciclismo, teatro, trova, entre otros. Miguel estaba más sorprendido aún de toda la riqueza cultural de Marinilla, se sentía muy feliz con la compañía de su abuelito y la señorita Berenice, eran los mejores compañeros de viaje que podía

tener. También, fueron a visitar el museo de Ramón Hoyos, pentacampeón de ciclismo, que era amigo del abuelito Tito. Allí se resguardan los recuerdos y tesoros materiales de este gran personaje. Fueron a la Casa Museo Alonso Ríos Vanegas donde admiraron unas hermosas esculturas.

Ya estaba anocheciendo, así que la señorita Berenice les dijo que se daba por terminado este interesante recorrido. Fue en ese momento que el abuelito y la señorita se fueron nuevamente al cielo, pero finalizaron con unas palabras para Miguel:

> *"Marinilla es hermosa, tranquila, especial. En Marinilla se vive feliz. Debemos apropiarnos del patrimonio cultural, de nuestra identidad, de nuestra memoria. Marinilla es una tierra llena de tradición y de cultura".*

Fue así como Miguel emprendió su viaje de regreso a casa a bordo de Guitarrilla, su alfombra mágica, convencido de la importancia del patrimonio material e inmaterial de Marinilla, la Esparta Colombiana. Por eso, se sintió muy agradecido por haber ido a Marinilla en Guitarrilla.

Como saludo de gato

Simón Henao Villada
Medellín-Institución Educativa Francisco Luis Hernández Betancur

Hoy me dieron una mala noticia, o eso es lo que dicen los doctores, "el tratamiento no le valió, no encontramos una mejoría", "los diagnósticos le revelaron que no hay ya nada que hacer, un milagro es lo único que lo salvaría". No me dieron nada más que pastillas para calmar los dolores. Se supone que debería optar por una personalidad reflexiva, apabullante y pretenciosa (como un maldito cliché en estas historias) pero es que ni siquiera sé si sea correcto ponerme triste por mi vida, es más, diría que lo mío es más de sobrevivir que vivir, por esta razón no veo que tenga un genuino derecho de sentir tristeza, nostalgia, melancolía, depresión y, ¡ay!, todas esas

chimbadas que definitivamente no van conmigo. Apenas salí de la consulta me quedé sentado en un banquillo cerca de la avenida Oriental, diría que pasé unos 10 minutos ahí sentado cuando algo captó mi atención, era una estatuilla, esa que es de un gato que parece saludar, pude sentir como si él mismo me llamara. No eran sus colores o el aspecto tan particular que tenía, era algo que a este día, cuando escribo esto, no soy capaz de darle una explicación a qué fue lo que esa estatuilla despertó en mí. Sin dudarlo, corrí con todas mis fuerzas al Foto Japón donde yacía exhibido. Regateé el precio con la vendedora por 10.000 pesos y casi al momento de salir le pregunté a esa señora con pinta de esotérica:

—Oiga, ¿de casualidad no sabe cuánto le dura la batería?

—A esos les dura 3 meses en el mejor de los casos.

Al oír eso me quedé pasmado, miré al pequeño gato y pensé: "Vaya, con que tú también tienes solo 3 meses por delante". Mientras caminaba de regreso a mi casa pensaba: "No quiero que los últimos 3 meses de este pequeño los pase siendo víctima del polvo de mi repisa, ya sé, tú y yo pequeño gato vamos a pasear por todas las calles de esta maldita ciudad hasta que muramos".

Caminar por las asquerosas calles de Medellín esta vez se sentía distinto.

El territorio y su creación

Mateo Cañola Londoño
Envigado-Normal Superior de Envigado

En un remoto rincón de la tierra, entre montañas que se alzaban como guardianes milenarios, vivía Elías. Pasaba sus días recorriendo los senderos que conocía desde niño, cada piedra y árbol le hablaban de historias olvidadas. Pero lo que más amaba era la cueva escondida en lo más profundo del bosque, un lugar donde decía que los sueños se tejían con hilos del tiempo.

Desde joven, había sentido una conexión especial con ese territorio sagrado. Creía que cada roca, cada manantial, eran partes de un gran lienzo sobre el cual los dioses habían esculpido la vida. En sus largas caminatas, contemplaba el paisaje y se dejaba llevar por visiones de tiempos antiguos, cuando los

primeros habitantes del valle adoraban los espíritus de la naturaleza.

Una tarde de primavera, mientras descansaba junto al río, encontró un antiguo talismán de piedra. Lo sostuvo en sus manos y sintió una corriente de energía recorrer su cuerpo. De repente, se vio transportado a un paso lejano, donde las tribus cazadoras danzaban alrededor de fogatas celebrando la fertilidad de la tierra.

En aquel *flashback*, Elías era un joven guerrero que exploraba el territorio con ojos llenos de asombro y reverencia. Recordaba cómo aprendió de los ancianos el arte de cazar y recolectar, cómo se comunicaban con los espíritus de los animales y las plantas para pedir permiso antes de tomar lo necesario para sobrevivir. Aquel territorio no solo era su hogar, era su maestro y su santuario.

Pero no todo era paz en aquel tiempo ancestral. Elías recordaba las batallas por la tierra, las disputas entre tribus por los mejores lugares de caza y pesca. La lucha por el territorio había sido una constante en la historia de su pueblo, una lucha que él había presenciado en sus visiones y que aún resonaba en el presente.

Cuando regresó al presente, el talismán estaba allí. Miró a su alrededor, el sol se ponía detrás de las montañas y el río fluía tranquilo a sus pies. Entonces, comprendió que el territorio no era un lugar físico, era un testigo silencioso de la creación, la destrucción de vida, muerte y ciclos eternos que daban forma al mundo.

Desde aquel día, Elías siguió explorando el territorio con renovado respeto y gratitud. Cada piedra, cada árbol, contenía una historia que él se esforzaba por entender y preservar. Sabía que su propósito era custodiar aquel territorio, no solo como un pretexto para la creación de un legado de sabiduría, sino con respeto hacia la tierra que lo había visto nacer y crecer.

Desde entonces, aquel valle de los orígenes se convirtió en un lugar de peregrinaje para aquellos que buscaban inspiración y renovación. Los artistas pintaban paisajes que solo podían existir en sueños, los poetas escribían versos que resonaban con la melodía de la cascada y los sabios buscaban respuestas en el murmullo de los vientos que atravesaban las gargantas rocosas.

Elías vivió el resto de sus días en paz y agradecido.

Lucas y el enigma de la Piedra del Peñol

Ximena Naranjo Arias
El Peñol-Institución Educativa Rural Palmira

En las montañas de Antioquia, donde los ríos serpentean y los bosques susurran secretos, se alza una majestuosa e imponente piedra con una gran magia envolvente que, así como un imán atrae algunos objetos, ella logra atraer personas de diferentes países y con diversas culturas que admiran y veneran esta formación rocosa, atribuyéndole poderes mágicos e historias intrigantes.

En un pequeño pueblo al pie de la colina, vivía, junto con su abuelo, un joven llamado Lucas. Su abuelo, antes de acostarse a dormir y soñar con su bello y amado pueblo, le contaba una hermosa historia acerca de este, pero

ninguna como la de esa noche tan inolvidable que desencadenaría en Lucas su gran espíritu de optimismo y perseverancia, pues decía que solo una persona de corazón puro podría, cada 100 años en una noche de luna llena, subir a la cima de este tan magnífico y admirado monolito para poseer un único y gran tesoro inimaginable e inigualable.

Fue tanta su curiosidad y ganas de obtener el tesoro, que Lucas quiso explorar los misterios que rodeaban la piedra y sus coloridos alrededores. La siguiente noche de luna llena, Lucas se sintió desafiado y decidió descifrar el enigma; empezó a ascender por los empinados escalones tallados en la roca. Con valentía y determinación, escaló y sorteó cada obstáculo hasta alcanzar la cima, cada paso lo acercaba aún más al corazón de la historia contada por su querido abuelo. Allí se encontró frente a una abertura en la piedra que emanaba una luz mágica y cálida.

Sin dudarlo, Lucas decidió adentrarse en la oscuridad, guiado por la intuición y la esperanza de encontrar el tesoro perdido. Al entrar, halló una inscripción antigua grabada en la piedra: "Quien resuelva el enigma de El

Peñol, obtendrá la sabiduría eterna". Un poco confundido salió de allí y se sentó en una pequeña banca mecedora a reflexionar sobre su pureza y a cavilar una posible respuesta para este enigma, mientras las nubes empezaban a desaparecer para darle paso a la bella luna llena que iluminaba todo a su alrededor. Era tanto su resplandor, que Lucas decidió acercarse al mirador a contemplar tanta belleza; estando ahí logró divisar una radiante y hermosa estrella fugaz que caía directamente al fondo de la gran represa de El Peñol. En medio de sus aguas cristalinas, formando un gigante espejo en el que se veía un cielo estrellado y una luna deslumbrante, se encontraba nada más y nada menos que el reflejo de Lucas, una gran respuesta y muestra del valor del tesoro que él buscaba: su propio ser y el espejo de su alma.

Amarillo, azul y rojo

Ashly Yulieth Loaiza Meneses
Medellín-Institución Educativa Antonio Derka
(Santo Domingo)

El sol se alzaba majestuoso sobre las montañas del territorio, tiñendo el cielo de un tono dorado, que se reflejaba en las aguas cristalinas de una laguna escondida. Era el amanecer en Colombia, un país de contrastes y emociones entrelazadas.

Desde la orilla, un viajero contemplaba maravillado el espectáculo natural, pero su corazón latía con una mezcla alegre y melancólica; se adentró en el territorio, conectando su ser con la naturaleza; con cada paso que daba, un recuerdo le seguía.

Se encontró con un increíble campo de margaritas; maravillado y sin pensarlo, se abalanzó hacia aquellas hermosas flores, sumergiéndose

en los pétalos, mirando hacia arriba donde el sol crecía, iluminando fuertemente el lugar. Se levantó y observó a su alrededor, percatándose de una flor que iluminaba mucho más que las demás. Como "la curiosidad mató al gato", el viajero se acercó hacia aquella flor, la observó y se arrodilló, tocó uno de sus pétalos y de ella emergió una luz tan brillante y fuerte que el viajero se derrumbó a su lado, abrió sus ojos con lentitud y entre ecos, escuchó una voz serena que le decía: "Quien encuentra la belleza en lo más sencillo, descubre la riqueza del alma". De repente, el viajero se encontró en las orillas del mar Caribe, bajo un cielo estrellado; se sentó en la orilla y vio cómo las olas caían, emitiendo un hermoso sonido.

De repente, unos bellos rayos azules emergieron de aquel mar, chocando con el cielo estrellado. El viajero se levantó, cautivado por cada detalle de aquella luz. Burbujas cristalinas subían del mar hasta el cielo; cuando tocaban la superficie, coloreaban el cielo de un azul intenso; como sueños, volaban por todas partes hasta iluminar el lugar, las estrellas se unían entre sí, creando una frase que decía: "Los sueños son las semillas de nuestras

metas y la determinación es el agua que hace florecer la realidad en nuestro territorio".

Se adentró nuevamente el viajero en el territorio. En medio de la oscuridad, tropezó y cayó al suelo, cuando alzó su vista notó una bandera, que simbolizaba la victoria, aunque estaba deteriorada, aún se mantenía en pie; al levantarse, una luz roja iluminó el sitio, dejando ver cuerpos muertos por todo el sendero, una gran batalla; cada que el viajero avanzaba, se encontraba con más cuerpos. Tristeza y lágrimas lo recorrían al ver tanta gente sin vida. En mitad del camino notó una señalética de senderos que llevaba un mensaje: "En medio de la oscuridad de la guerra, la luz de la libertad brilla como un faro de esperanza en el horizonte, guiando a los valientes hacia un mañana sin cadenas ni opresión en su territorio".

En ocasiones, la atención se enfoca en lo que se dice en voz alta, dejando en segundo lugar el esfuerzo silencioso de quienes trabajan arduamente. Es importante recordar que la verdadera grandeza no siempre busca reconocimiento, sino que reside en la labor constante de aquellos que contribuyen en silencio.

Nuestro territorio

Emmanuel Gaviria Delgadillo
Medellín-Institución Educativa Antonio Derka (Santo Domingo)

En lo más profundo del bosque encantado, se encontraba un antiguo molino de viento que había pertenecido a la familia Gaviria durante muchos, muchos años. La familia Gaviria era mayormente conocida por su amor y respeto hacia la naturaleza y sus conocimientos sobre moler el arroz con las piedras de aquel molino.

Una noche, en medio de la luna llena, una misteriosa neblina cubrió completamente el bosque y trajo con ella un inesperado visitante, aquel era un gran ciervo blanco con astas resplandecientes y voluptuosas. El ciervo se acercó al molino de viento con pisadas elegantes y con una mirada tranquila pero alucinante,

como si quisiera transmitir un gran mensaje a la familia Gaviria. La familia Gaviria, compuesta por el abuelo Jorge, la madre María y los hermanos Mateo y Sofía, observaban asombrados al gran ciervo blanco desde la ventana del molino. Decidieron salir a explorar el bosque junto con su nuevo amigo en busca de las respuestas; guiados por el gran ciervo blanco, la familia Gaviria se adentró en territorios desconocidos y se vieron involucrados en una aventura llena de misterios y magia.

El ciervo los conducía a través de callejones y ríos cristalinos, revelando secretos antiguos que habían permanecido ocultos por mucho tiempo. Pronto descubrieron que el ciervo blanco era en realidad un espíritu guardián del territorio, encargado de proteger la paz entre las criaturas mágicas que habitaban en aquel, su presencia estaba relacionada con un antiguo hechizo que deseaba acabar con la paz del territorio y poner así, en peligro a todas las criaturas que allí habitaban. Con valentía y verraquera, la familia Gaviria se comprometió a ayudar al ciervo blanco a resolver el misterio detrás del hechizo y devolver la paz en el territorio encantado.

A lo largo de su camino, enfrentaron pruebas difíciles que pusieron a prueba su inteligencia, valentía, amor, lealtad y trabajo en equipo. Gracias a la inteligencia del abuelo Jorge, la intuición de la madre María y el trabajo en equipo de los hermanos Mateo y Sofía, lograron resolver el hechizo y con esto poder devolver la paz al territorio encantado. El gran ciervo blanco los miró con agradecimiento antes de desaparecer entre los árboles y la neblina, dejando atrás una luz dorada y resplandeciente como si todo hubiera sido un sueño. De regreso al molino, la familia Gaviria reflexionó sobre la importancia de respetar los territorios y a las criaturas que los habitan.

Aprendieron que cada ser vivo juega un papel importante en el equilibrio del mundo y que es responsabilidad de todos como seres vivos proteger y preservar la belleza y diversidad de la naturaleza. Así terminó la inolvidable aventura de la familia Gaviria junto al gran ciervo blanco en el territorio encantado, donde descubrieron que el verdadero tesoro de un territorio no se basa solo en sus riquezas materiales, sino en su magia, su historia y su conexión con todos los seres que lo habitan.

Guardianes de los ríos

Guadalupe Martínez Velásquez
San Rafael-Institución Educativa San Rafael

Michel, Nicolás y el bebé Jhony son los que cuidan los ríos de San Rafael, donde vive una ninfa muy feliz porque todo es muy bonito. En este lugar, las cascadas son las murallas que tapan las puertas al paraíso de las ninfas y el agua que cae con fuerza forma una espuma mágica que masajea y relaja; desde allí, los peces y las arañas del agua llevan las historias de los ancestros.

Una mañana, mientras Michel siembra carboneros y árboles silvestres, el bebé Jhony se da cuenta de que la ninfa está muy sucia, tiene bolsas, cauchos y champú. Nicolás también lo nota y le dice a Jhony: —Tú limpias el champú, recoges las tapas y yo lo demás—. La ninfa les dice a sus amigos que le lanzaron

una flecha de tristeza, el bebé Jhony y Michel la arrancan con su amor.

A los días, Nicolás nota que la ninfa está sana y con mucha alegría llama a gritos a sus amigos:

—¡Viva, la ninfa se ha curado!

Todos muy felices hacen una fiesta donde la ninfa baila mapalé, cumbia y carranga; Michel canta *Bizarra*, *Río Magdalena* y *Tú tienes buena puntería*, y Nicolás con el bebé Jhony hacen teatro al agua, a la naturaleza y viven felices... al menos por unos días.

Nunca falta un visitante que se bañe el pelo en el río.

Mi territorio

Juan Andrés Molina Franco
Valparaíso-Institución Educativa Rafael Uribe Uribe,
sede Centro Educativo Rural Horacio Toro Ochoa

Yo vivo en Bolaños, ubicado en Valparaíso, Antioquia; la finca en la que vivo se llama Villa Rosa. De hecho, soy nuevo por acá, yo vivía en Támesis, Antioquia, un pueblo vecino a Valparaíso y a Valparaíso apenas lo estoy conociendo, pero me gusta una cosa específicamente, las vistas a los farallones, ya que es de las cosas más bonitas de todo Valparaíso, aunque le pertenecen a La Pintada. En Támesis tenía vistas a la cuchilla o al Cristo Rey, son dos formas en la que se le conoce. Támesis es tierra fría, por allá hay osos, armadillos, pumas, entre otros animales. En Támesis, siempre que me levantaba para ir a la escuela, salía y me encontraba con una gran niebla que me

motivaba a ir a la escuela a ver otra vez a mis compañeros, los cuales a veces iban de mal humor y no les gustaba que les habláramos mucho; en cambio, en la escuela que estoy actualmente siempre venimos con ganas de aprender para construir nuestro futuro. En Támesis no tenía ningún miedo ya que era muy seguro, por acá me dan mucho miedo las culebras, pero lo que más amo de los dos hermosos pueblos son las vistas del campo, la tranquilidad, el aire puro de la naturaleza y los bellos cantos de las aves que vuelan en la pacífica mañana.

Así, que si me pusieran a escoger entre los dos maravillosos lugares no podría hacerlo, ya que los dos son espléndidos, lindos y con mucha paz y calma.

Los arañazos del diablo

María Paula Tejada Ramírez
El Peñol-Institución Educativa León XIII

Había una vez una gran piedra, ubicada al lado de un resguardo indígena en la jurisdicción de El Peñol, Antioquia, para ellos era su santuario más sagrado, allí hacían viejos rituales, ellos eran muy felices. Se les conocía como los tahamíes y tenían unas curiosas costumbres como la de invocar al diablo en las noches de luna llena, aproximadamente a las 3:00 a. m.

En una ocasión, decidieron invocar al diablo en la parte superior de la piedra, ya que ese día era el más especial del año y querían celebrarlo en su lugar más preciado. Iniciaron el ritual como de costumbre y cuando el diablo llegó todo el mundo se asustó, pues venía con una actitud diferente, deseoso de poder, con la intención clara de robar la piedra.

Los tahamíes no sabían qué hacer al respecto, intentaron detener al diablo parando el ritual, aunque igual él se quedó. Los indígenas muy enojados amarraron la piedra, con mucha, pero mucha fuerza. El diablo intentó jalarla y jalarla, se esforzó demasiado, pero sus fuerzas se agotaron y al infierno con sus almas volvió, lo único que logró fue lastimar la piedra y dejarla con grietas en la mitad. Los tahamíes, llorando y sobre todo muy ofendidos, se pusieron a hacer rituales para reparar la piedra, empezaron a pedir perdón de rodillas, aunque no lograron arreglarla. También, decidieron dejar de hacer el ritual hasta lograr ser una población más civilizada, sin invocar almas y espíritus.

Con el paso de los años, la piedra se empezó a volver un lugar muy visitado, es así como los indígenas decidieron colocarle el nombre de la Piedra del Peñol. Los arañazos que el diablo le hizo a la piedra dejaron unas grietas que aprovecharon para construir unas escaleras para subir a ella, trabajaron días y noches sin descanso hasta que lograron su objetivo; de esta manera, los turistas que llegan al lugar pueden subir y observar el hermoso paisaje, el embalse que rodea el sitio y las hermosas montañas del Oriente antioqueño.

La naturaleza es mi hogar

Saira Liseth Moreno Mendoza
Apartadó-Institución Educativa Rural Bartolomé Cataño Vallejo

En aquel lugar, donde la neblina es muy espesa y el olor a hojas secas es agradable, donde tu mente y tu cuerpo se sienten en paz, en aquel lugar donde el sol da sus primeros rayos de luz, vivía una familia de zorros en la que siempre había amor y unión.

Una tarde, cuando el sol estaba alegre porque hacía un día maravilloso, un grupo de excursionistas decidió ir a ese lugar escondido, entre montañas y árboles. Estaban encantados por su hermosura, además tenían una hermosa vista y un lago precioso, por eso, decidieron acampar allí. Lo que ellos no sabían era que la familia de zorros habitaba ese sitio. Tuvieron una tarde espectacular y

se divirtieron tanto que al día siguiente planearon volver.

Se fueron, pero dejaron algo muy peculiar y extraño para la familia de zorros. El papá zorro, que salió a inspeccionar, se dio cuenta de aquel hallazgo tan desalentador y doloroso para él. Vio que el pequeño lago tenía mucha basura flotando. Él y su familia decidieron limpiarlo para que su entorno estuviera agradable y porque muchos animales se beneficiaban de él.

Pasaron los días y la naturaleza seguía esplendorosa como siempre. Hasta que llegaron muchas, pero muchas más personas. La familia de zorros decidió esconderse en su casa y los demás animales también. Mientras transcurría el día veían, los animales y la familia de zorros, como la basura y el mal olor invadía su hogar, pero hubo una persona en especial que terminó con toda esa belleza, una que tiró una colilla de cigarrillo que provocó un incendio y todos los animales, personas y la familia de zorros tuvieron que huir. La familia de zorros estaba muy triste. Habían destruido su hogar: aquel lago hermoso donde el sol daba luz y alegría y el olor a hojas secas regalaba

paz. Ahora es un lugar triste y con un olor a quemado y a lágrimas. Ya los excursionistas no van a ese sitio, ya nada es igual. Tanto era el dolor y la tristeza que todos los animales se empezaron a ir poco a poco.

Aquella parte del bosque nunca volvió a ser igual. Las últimas palabras de la familia de zorros antes de desaparecer fueron: —Cuida mi casa, porque mi casa es tu casa.

La tortuga Tita y las aguas cristalinas

Emely Yiseth Jaramillo Oquendo
Ituango-Institución Educativa Rural José Félix de Restrepo, sede el Río

En la vereda del Río había una vez una tortuga llamada Tita, que vivía en un caparazón brillante decorado con flores de colores. Tita era conocida por ser muy sabia y por siempre contar la verdad sin importar las consecuencias. Un día, mientras Tita paseaba por la orilla del río Ituango, escuchó un murmullo proveniente de una cueva cercana y al aproximarse descubrió que era el mismo río quien le hablaba, este le confesó a Tita que estaba triste porque la gente de la vereda había empezado a contaminarlo con basuras y químicos.

Tita, con su valentía y amor por la naturaleza, decidió hablar con los habitantes de

la vereda para contarles la verdad sobre la situación del río. Aunque al principio algunos no querían escucharla, su sinceridad y determinación lograron sensibilizar a todos. Juntos se unieron limpiando el río, plantaron árboles en sus orillas y se comprometieron a cuidarlo y respetarlo siempre. Desde ese día, sus aguas volvieron a fluir cristalinas, limpias y llenas de vida y la gente agradeció por tener a Tita de amiga y defensora de la verdad.

Después de la limpieza y restauración del río, la vereda entera se transformó en un lugar lleno de armonía natural y vida. Los árboles florecieron, los pájaros volvieron a trinar y los peces nadaban y danzaban alegremente en sus aguas, pero la felicidad se vio amenazada por una gran sequía que afectó posteriormente la región. El río comenzó a secarse lentamente poniendo en peligro a todas las criaturas que dependían de él para sobrevivir.

Tita, con su sabiduría y valentía, decidió emprender un viaje en busca de la fuente de las aguas mágicas, un lugar legendario donde se decía que brotaba agua pura e inagotable y, acompañada por sus amigos del bosque, Tita se adentró en lo más profundo en busca

de la solución para salvar al río. Después de superar numerosos desafíos y obstáculos esta valiente tortuga y sus amigos finalmente encontraron la fuente de las aguas mágicas y con la ayuda de todos lograron llevar el agua hasta el río sediento, devolviéndole su caudal y vitalidad original.

Desde ese entonces, el río nunca volvió a secarse gracias al esfuerzo conjunto de Tita y los habitantes de la vereda con acciones fundamentales para mantener el equilibrio en el mundo. Tras haber salvado el río y devuelto la armonía en la vereda, Tita se convirtió en una leyenda viva, todos la admiraban por su valentía, sabiduría y su inquebrantable compromiso con la verdad y la naturaleza y así entre risas, cantos de pájaros y aguas cristalinas, Tita y sus amigos vivieron armoniosamente, predominando la verdad y el cuidado del entorno como partes fundamentales para preservar la magia y la belleza del mundo que nos rodea.

La noche del diluvio

María Paula Camargo Atehortúa
Briceño-Institución Educativa Antonio Roldán Betancur

Eran las seis de la tarde, el día era bastante normal, caía un fuerte aguacero, nadie imaginaba lo que iba a pasar. A las 7 de la noche, la lluvia aumentó, la luz se iba y venía, las quebradas crecían. Al principio no sabía qué estaba pasando, estaba en compañía de mi tía, la cual, por las facciones de su cara, se veía con una gran preocupación. Veía a las personas salir de casa, como sacaban a los animales de los potreros, una gran cantidad de agua bajando por la calle y escuchaba el fuerte ruido que provocaba la quebrada más cercana de donde estaba. Decidí preguntarle a mi tía —¿Qué es lo que está sucediendo?—, ella me llevó a la parte de atrás de la casa, ya

que ahí podíamos ver una de las quebradas; lo que vi me causó escalofríos, era la quebrada Marianito que se había desbordado. El nivel de agua era tan alto que llegaba hasta el segundo piso de los cinco que tiene el edificio. Al rato me tranquilicé, pues pensé que esa era la única quebrada que estaba crecida y que no causaría daño alguno. Minutos después, el edificio empezó a temblar, pues la quebrada logró mover los cimientos, la luz se iba constantemente, no tenía comunicación con mis padres, el miedo perseguía a toda la comunidad briceñita, y mi tía y yo decidimos bajar al primer piso.

Resulta que también se habían crecido las quebradas La Tirana y El Cuzumbí, las cuales pasaban por el sector Fundungo. Había rumores de personas desaparecidas y también que esta situación estaba pasando por la maldición de un sacerdote del pueblo. Yo nunca antes había escuchado sobre esa maldición, pero me pareció algo muy curioso, y lo que había pasado justo en ese momento también sucedió hace 32 años, es decir, en 1989, por la misma maldición. A las 11 de la noche, la lluvia se calmó y yo

estaba un poco más tranquila, así que nos fuimos a dormir, terminando así, el viernes 31 de julio de 2021.

Al día siguiente, ya todo se podía ver con más claridad, no contábamos con servicio de agua, hubo más de cien familias damnificadas, el sector Fundungo quedó destruido por completo; en el puente Mariano la única manera de pasar era en moto, carro o por una tablita que pusieron en todo el bordito de donde terminaba el puente, las quebradas se llevaron animales, carros, motos, negocios y casas. La cruz también hacía parte de la maldición y, en cualquier momento, podría caerse y tapar gran parte del pueblo. Durante los primeros días, las noches lluviosas eran un infierno.

El miedo de que esto vuelva a suceder aún nos persigue ya que trajo muchas afectaciones a los briceñitas y aunque en esta catástrofe natural no hubo ninguna persona muerta ni desaparecida, nos invade el temor de que ocurra nuevamente.

Este libro se terminó de imprimir
en diciembre de 2024.

Medellín, Colombia